

BOLSILIBROS  
BRUGUERA

**CIENCIA  
FICCION**

SERIE  
la conquista  
DEL ESPACIO

# EL GRAN ROBO SIDERAL

**RALPH BARBY**

# CIENCIA FICCION



BOLSILIBROS  
BRUGUERA  
**CIENCIA  
FICCIÓN**  
SERIE  
la conquista  
DEL ESPACIO

# EL GRAN ROBO SIDERAL

RALPH BARBY

## CIENCIA FICCIÓN



8

# LA CONQUISTA DEL ESPACIO

211 — Un hombre y su robot, Clark Carrados.

212 — Hombres de goma, Adam Surray.

213 — Proscritos de la galaxia, Clark Carrados.

214 — Vinieron del universo, Burton Hare.

215 — «Algo» se nutre de sangre, Curtis Garland.

**RALPH BARBY**

**EL            GRAN  
ROBO  
SIDERAL**

**Colección**

**LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 216**

**Publicación semanal**

**Aparece los VIERNES**



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 31.141 - 1974

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: setiembre, 1974

© Ralph Barby - 1974

texto

© Salvador Fabá - 1974

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor  
de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1974

## CAPITULO PRIMERO

Se quedó mirando aquel gato transmutado en las granjas de investigación situadas en el planeta Marte.

El gato tenía un pelaje abundante y sedoso color carmesí y sus ojos eran grandes, de un color oro brillante. Era algo más grande de lo normal en un gato doméstico y había algo maligno en su mirada mientras se complacía en dejarse acariciar la cabeza, la nuca y el espinazo, por la mano huesuda.

Vin Osmond tomó la copa de platino que el paradójico y contrastante criado, vestido con librea amarilla, le servía sobre una bandeja de zafiro artificial, tan bien tallado y pulido que brillaba como si tuviera luz propia, aunque no hacía otra cosa que reflejar la luz de aquel extraño saloncito pródigo en lujos y comodidades, lleno de una luz que era difícil averiguar de dónde salía, pues se había utilizado el sistema de mezclar microcélulas eléctricas con la pintura y, de este modo, la luz partía de casi todos los lugares.

Bebió el sibarítico licor. Era fuerte, pero Vin Osmond estaba hecho a todo y ni siquiera pestañeó al tragarlo.

—No está mal. ¿Qué es más caro, el contenido o el contenedor? Es decir, ¿el brebaje o la copa de platino?

Uriah sonrió; fue una sonrisa apenas perceptible en sus finos labios colocados en un rostro alargado, de mentón seguro.

El cabello de Uriah era largo hasta los hombros y cano, quizá más por años que por albinismo. Tenía los ojos pequeños, inquisitivos.

Sus dientes resultaban demasiado perfectos para ser auténticos y acariciaba aquel extraño gato transmutado que se hallaba con las algodónadas patas muy juntas, guardando el equilibrio sobre el brazo del sillón tapizado en auténtica piel de tigre, lo que ya era muy raro, puesto que los tigres salvajes hacía muchas décadas que habían dejado de existir en el planeta Tierra y los que quedaban en los zoológicos eran exageradamente mimados para evitar la total extinción de la especie.

Nadie podía comprarse ni siquiera una estola de piel de tigre o de cualquier otro gran gato, pero Uriah poseía un enorme sillón

tapizado en piel de tigre, sobre el que estaba el extraño gato que seguía con los ojos semicerrados, complaciéndose casi sensualmente de las caricias que recibía.

Uriah vestía una larga túnica, tejida en una mezcla de seda pura y hebras de oro, y Vin Osmond se hizo a sí mismo la pregunta que todos se hacían respecto a Uriah: «¿Es hombre o mujer?»

Quizá, ni lo uno ni lo otro. Nadie sabía a ciencia cierta quién era Uriah, posiblemente un fenómeno de sexo indefinido, pero de gustos muy refinados.

Tampoco se conocía su edad con exactitud. Algunos le calculaban setenta y otros, más de cien años.

El propio Vin Osmond estaba por primera vez frente a Uriah, jamás le había visto con anterioridad y su llamada le había sorprendido.

En la cadena de montañas submarinas que cruzaba el Atlántico de norte a sur, había habido movimientos sísmicos provocados por la Tercera Guerra Mundial, en la que se había empleado armamento nuclear, con gran riesgo de arrasar todo el planeta.

Tras uno de estos cataclismos, había aparecido una isla de regular tamaño en mitad del Atlántico, quedando en el centro de ella una gran hoya geológica rodeada de paredes de basalto que las lluvias habían llenado, creando en el interior de la isla un lago natural de agua dulce.

Dicho lago no tendría más de cincuenta kilómetros cuadrados de superficie y unos trescientos pies de profundidad en su punto máximo. Y en aquel fondo era donde se hallaban en aquellos momentos, pues la mansión de Uriah se ubicaba en lo profundo del lago, dentro de una enorme campana de cristal de cinco pulgadas de espesor y con una dureza que resistía perfectamente los impactos de armas de considerable poder penetrante y las vibraciones de explosiones que pudieran ocurrir dentro de las aguas del lago.

—No suelo recibir directamente a mis empleados, señor Osmond —dijo con voz parsimoniosa, algo ronca y a la vez condescendiente, aunque Vin se percataba de que debajo de aquella amabilidad se ocultaba un refinado despotismo.

A lo largo de la historia siempre había habido personajes como aquel extraño y enigmático Uriah. En tiempo de los faraones, en la degradante y gregaria Roma, en el Medievo, en los imperios de China

y la India, en el siglo XX y ahora, en el XXI.

—Es que yo no soy su empleado, Uriah —le replicó Vin Osmond, sin tratamiento alguno y con su habitual ironía, en la que se mezclaba algo de ácido escepticismo.

—Pero lo será.

—No lo creo, prefiero ser mi propio patrón.

—¿Desde que lo echaron de la Army-Mundi-Spacial?

—No me echaron —corrigió Vin Osmond—. Presenté mi dimisión.

—Sí, lo sé —aceptó el enigmático Uriah sin dejar de acariciar a su gato transmutado en Marte y al que llamaba «Mammon» [1]—. Y desde que dejó de pertenecer a la Army Mundi-Spacial, es decir, a las fuerzas unificadas terrícolas del espacio, se dedica a pasear en su armatoste a turistas estúpidos fuera de la gravedad terrestre para que se asombren dando saltitos, o los lleva hasta la órbita lunar, puesto que está prohibido que ninguna nave con turistas alunice, pues toda la Luna es zona de investigaciones, lo mismo que Marte y Venus, aunque en estos planetas, nuestras colonias todavía son muy escasas, pobres en medios y en personal.

—¿Y cómo ha conseguido ese gato transmutado si hay severísimas medidas de vigilancia para que nada controlado por la Army-Mundi-Spacial y cuantos investigadores dependen de ella, pueda ser tomado o comprado?

—Yo, mi querido Osmond, consigo todo lo que me propongo, exactamente todo.

—Eso dicen, pero creo que para todos hay siempre un imposible.

—Para mí, no.

—¿Qué pretende de mí?

—Necesito el mejor de los comandantes de naves interplanetarias, por eso le he elegido.

—Gracias, muchas gracias —replicó con escepticismo—, pero los hay tan buenos como yo.

—Sí, los hay muy buenos. ¿Acaso piensa que no pocos de los mejores que actualmente están comandando las más avanzadas naves

interplanetarias de la Army-Mundi-Spacial no aceptarían un trato conmigo si yo, por supuesto, fuera generoso?

—Todos sabemos que Uriah es el hombre más rico de la Tierra —dijo Vin Osmond, llamándole hombre para ver cómo reaccionaba, aunque sabía que otros lo habían tratado en femenino y Uriah simplemente se había callado, como ahora, sin responder nada.

—Bien, vamos entendiéndonos. Yo le estimo a usted en lo que vale, tampoco quiero tener excesivos roces con la Army-Mundi-Spacial, aunque ya es sabido que no respeto más bandera que la mía propia. Mi isla es sólo mía y no doy cuentas a nadie. Si le contrato a usted, que ya está fuera de la Army-Mundi-Spacial, me evitaré pequeños problemas que, por supuesto, nunca llegarían a perjudicar del todo mis ambiciosos proyectos.

—¿Por qué no va al grano? Evite los rodeos y yo le diré si me interesa o no su proposición, aunque me está pareciendo que no se halla acostumbrado a que lo traten como yo lo hago.

—Es cierto. Mi costumbre es que se me obedezca de inmediato y sin objeciones. En fin, algún día debía de surgir la excepción.

—Celebro ser yo.

—Le pagaré lo que pida por tripular una nave en un viaje quizá complicado, largo y posiblemente muy peligroso.

—¿Una nave, qué clase de nave? ¿Hacia dónde, por cuánto tiempo y qué se propone con ella?

—Usted tripulará la nave, ésa será su misión. El tiempo podrá ser calculado con bastante aproximación y el destino...

—Sí, ¿cuál es el destino? Eso es muy importante. Si pretende posarse en Marte o en Venus tendrá problemas, y yo no quiero transgredir las normas de la Army-Mundi-Spacial, aunque ya no pertenezca a ella.

—¿No les guarda rencor, Osmond? —preguntó con una ligera y extraña sonrisa de cinismo.

—El que no esté de acuerdo con algunos mandos no quiere decir que esté en contra de la Army-Mundi-Spacial ni que vaya a tratar de perjudicar a la organización en lo que pueda.

—No tendrá que perjudicar a nadie y, no tema, no conducirá la nave ni a Marte ni a Venus ni, por supuesto, a la cercana Luna.

—¿Adonde, pues?

—A Spyro.

—¿Spyro?

Vin Osmond parpadeó desconcertado. No se hubiera sorprendido menos el mismísimo Napoleón si después de Waterloo le hubieran dicho que tenía la astronave para ser conducido a la Luna lista para el despegue.

## CAPITULO II

—¿Quién sabe dónde está ya Spyro? —replicó Vin Osmond clavando sus ojos en las pupilas de oro del gato transmutado en Marte y que parecía tener más inteligencia de la normal en un felino doméstico.

—Sí, es cierto, Spyro está lejos, poco más o menos a trescientos millones de kilómetros.

—¿Cómo sabe que está a esa distancia? Spyro es ese planeta que rompió la dinámica espacial introduciéndose en nuestro sistema solar, pero que lo cruzó tan lejos de nosotros que los medios informativos apenas hablaron de él. Le hicieron mucho menos caso que al cometa Halley en 1985.

—Sí, pero ese planeta fue visto.

—En dirección al Sol. Algunos creyeron que iba a estrellarse contra él. Los agoreros pronosticaron excepcionales cataclismos solares que luego nos perjudicarían a nosotros de rebote.

—Y no fue así —replicó Uriah suficiente.

—Sí, no fue así. Spyro, ese extraño planeta que semejaba un cometa y que, sin embargo, no lo era, se perdió de nuestros controles por el lado opuesto al Sol al que nosotros estamos y debió de escapar del sistema solar hace ya mucho tiempo. Quién sabe a cuántos millones de años luz se halla ahora.

—Ya le he dicho que exactamente a trescientos millones de kilómetros.

—¿Cómo da tanta seguridad?

—Los astrónomos se han equivocado, Osmond. Spyro rompía la dinámica del espacio y, por tanto, sus malditas fórmulas matemáticas no sirvieron. Las computadoras fallaron y al verle desaparecer de todo control, optaron por encogerse de hombros y decir a los medios de información que no había que temerle, porque se había alejado de nuestro sistema solar por el lado opuesto a la órbita terrestre.

—¿Cómo puede afirmar que continúa en nuestro sistema solar si nadie lo detecta, ni los más ultrasensibles radiotelescopios?

—Porque si trazáramos una línea recta, el Sol quedaría

exactamente entre Spyro y la Tierra. Por tanto, no hay medio de localizarlo.

Vin Osmond pestañeó. Le habían hablado de las excentricidades de Uriah y ciertamente parecía que su mente desvariaba. ¿Cómo un planeta que había viajado a millones de kilómetros hora a través del espacio se detenía de pronto en una órbita solar, idéntica a la terrestre y matemáticamente al otro lado del Sol, para que la ciencia y la técnica terrestre no pudieran detectarlo?

—¿Quién le ha dado tal información? —preguntó, pensando que si iba a meterse en problemas convenía conocer el máximo de ellos.

—Yo sé muchas cosas, Osmond, y usted será el piloto de la nave, el comandante técnico del vuelo, nada más.

—¿Sabe que si diera al mundo tal noticia se hablaría mucho de la demencia total de Uriah?

Esta vez, Uriah sí se rió sonoramente. Vin Osmond no sabía si se reía de sí mismo o del resto del mundo. Lo que sí vio fue que los ojos del gato se cerraban y las manos huesudas y largas acariciaban con más fuerza que delicadeza la cabeza del animal, como si dejara escapar por entre la punta de sus dedos descargas bioeléctricas.

—Yo no quiero suicidarme. Además, nadie ha viajado tan lejos. Incluso, las colonias de Marte y de Venus son abandonadas cada vez que los planetas se alejan en exceso de la órbita terrestre; aguardan a que se produzca de nuevo el encuentro para repetir el viaje.

—Sí, porque tienen el mismo miedo a quedar tan distantes de la Tierra como lo tendría un recién nacido de alejarse del vientre y de las ubres de su madre. El hombre de nuestro planeta se ha vanagloriado mucho de alejarse de la Tierra, pero jamás lo ha hecho tanto como para perderla de vista de forma completa. Es como un niño.

—¿Pretende que recoja el desafío?

—Quiero personal experto, muy experto y arriesgado, pero al mismo tiempo que no abandone su condición de hombre y pueda reaccionar frente a los problemas que desconcierten a las máquinas y a la más depurada técnica. Hay fuerzas, amigo Osmond, fuerzas aquí, en nuestros cerebros, que superan no a la técnica que poseemos, sino a la técnica que ni siquiera podemos imaginar.

—Bueno, eso es admisible. La parapsicología hace ya un siglo que fue admitida.

—Me satisface que no sea escéptico del todo, Osmond. Es usted un hombre altamente preparado para la astronáutica, pero al mismo tiempo posee valor y reflejos para actuar frente a lo desconocido, frente a lo incongruente, a lo pavoroso y a lo bello.

—¿Viajará usted en la nave para verlo?

—Ya le he dicho que usted no puede hacer preguntas. Se adaptará a los mandos de la nave mientras mis ingenieros acaban de construirla. Luego, en el día fijado, despegará del planeta Tierra y ya lejos de la gravedad no solo de este planeta, sino de la Luna y hallándonos en la misma órbita que la Tierra alrededor del Sol, viajaremos en dirección contraria a la dinámica del espacio. Así, veremos aparecer a Spyro y como él sigue la órbita ordinaria, terminaremos por hacer contacto.

—Si la nave no es de lo mejor y ese supuesto Spyro está ahí donde usted dice, creo que le vamos a hacer un buen cráter en su corteza con nuestra nave. ¡Caramba, ya estoy hablando como si hubiera aceptado su trato!

El pulgar y el índice de Uriah se cerraron bruscamente, como una tenaza, alrededor de la cerviz del gato.

Este profirió un maullido de dolor que escalofrió a Vin Osmond por lo agudo e inesperado. Por un instante, creyó que aquel extraño gato transmutado le iba a saltar encima, pero lo que ocurrió es que un panel de la pared se abrió.

Apareció un extraño ser materialmente encajado en una silla de ruedas electrónica que avanzaba sin que nadie la empujara.

A su lado caminaba la mujer más hermosa que Vin Osmond había visto nunca. Era espigada, de altas y bien torneadas piernas enteramente visibles, pues vestía un ajustado *mono-short* color lila, con un amplio cinturón unido por una hebilla redonda, gruesa y muy brillante.

Sus pechos eran pronunciados, perfectamente moldeados, y su cabellera roja contrastaba con los grandes ojos verdes.

Vin Osmond no sabía si mirar a aquel inigualable ejemplar femenino o a aquel monstruoso ser amorfo, lleno de grasa, que no pesaría menos de doscientos kilos.

Carecía de cabello hasta en las pestañas y su mirada estaba perdida. Su boca entreabierta babeaba ligeramente por la comisura

izquierda, ya que tenía los labios torcidos.

Nadie iba a poder presentar jamás un exponente más perfecto del cretinismo, de la idiotez, que aquel ser que tenía delante, posiblemente incapaz hasta de mover sus manos y que debía de ser alimentado por alguien, quizá por su atractiva y fantástica cuidadora.

—Meta —interpeló Uriah, con la sequedad habitual del que está acostumbrado a mandar y a ser obedecido.

—¿Sí?

—Quiero que Moses hable.

### CAPITULO III

Meta era aquella espléndida pelirroja vestida en lila claro y plata. Esta miró a Vin Osmond y en sus ojos brilló algo de recelo, de desconfianza. Debía de considerarle un intruso.

A Vin Osmond le hubiera gustado advertir una sonrisa en aquel rostro, estaba acostumbrado a las sonrisas femeninas. Por su transpirante virilidad, se llevaba muy bien con el sexo opuesto, pero el rostro de Meta estaba frío pese a la sensualidad del cuerpo, incluso de sus labios.

Cada movimiento de aquella mujer era un ataque directo a la sensibilidad masculina.

—Está bien —aceptó ella, no sin cierta resignación.

Se adelantó unos pasos para colocarse frente al cretino al que llamaban Moses, aunque no parecía que pudiera responder a tal nombre ni a otro cualquiera.

Semejaba una masa amorfa de carne, incapaz de obedecer orden alguna, pues su mente, por lo que reflejaban sus ojos, estaba tan atrofiada como su físico, lo cual saltaba a la vista.

El gato, sobre el brazo de la butaca tapizada en piel de tigre, continuaba quieto bajo la mano de Uriah, quizá con el pelo más erizado.

La luz ambiental disminuyó en intensidad a un cincuenta por ciento aproximadamente.

Meta pareció iluminarse, con el largo cabello desbordado sobre sus omóplatos desnudos y parte sobre la clavícula por donde el pequeño y ajustado vestido de seda ascendía hasta colgarse de la garganta donde formaba un estrecho collar de brillantes.

Las manos de Meta apresaron la amplia, gruesa y redonda hebilla de su cinturón que comenzó a emitir unas ondas vibrantes, apenas visibles, que adquirirían el color violeta claro del vestido con sus mismos reflejos plateados. Aquellas ondas fueron dirigidas hacia los ojos del cretino Moses y éste parpadeó.

De pronto, Meta soltó la gruesa hebilla como si se hubiera

quemado los dedos. Acto seguido debió de sentir como una fuerza punzante en el abdomen que la hizo doblarse, encogiéndose hacia delante.

El cretino parpadeaba, pero aún no tenía la mirada fija en parte alguna.

Tras aquella brusca contracción que debió de ser dolorosa a juzgar por lo que reflejó el rostro de la joven y bella Meta, ésta comenzó a moverse en una extraña danza que podía ser sensual, esotérica, simbólica o la mezcla de todo ello.

Sin escapar de un espacio máximo de un metro cuadrado, Meta danzó como la más hábil de las contorsionistas exóticas, sin dar nunca la espalda a Moses que seguía inmóvil en su silla de tracción electrónica que no debía de ser él quien controlara.

Los cabellos rojos de Meta parecían cargados de electricidad y sus dedos se veían largos, muy largos, estirándose hacia los ojos de Moses que se hallaba como a cuatro o cinco pasos de ella.

Vin Osmond comprendió que aquello era parte de una sesión de hipnotismo profundo y Meta se utilizaba como médium. Todo era muy desusado, pero la mirada del idiota Moses se clavó al fin y con intensidad en la figura de Meta.

A Vin Osmond le molestó que el cretino se fijara con tanta atención en Meta, en su figura y en sus movimientos. Le irritó aquello y estuvo a punto de interrumpir la sesión de hipnotismo con la cual se trataba de hurgar en la atrofiada mente de Moses, pero, de súbito, éste comenzó a hablar, primero en forma ininteligible, balbuceante, sin dejar de babear.

Vin Osmond no entendía nada, absolutamente nada de lo que decía el cretino que daba más muestras de excitación sobre la silla que tenía que soportar sus doscientos kilos de carne, humores y huesos.

Al fin, Meta cayó de rodillas, inclinada hacia delante, cubriendo su propio rostro con el rojo cabello y con los antebrazos cruzados sobre el cinturón como si le doliera fuertemente el abdomen.

Osmond observó que toda la piel de su cuerpo estaba empapada en un ligero sudor y sollozaba por lo bajo, como si deseara ocultar aquel sollozo.

Quiso acercarse para ayudarla mientras el cretino Moses se bamboleaba muy excitado sobre la silla, casi con peligro de volcarla y

babeaba más que hubiera podido hacerlo un caracol gigante mientras soltaba palabras y palabras que Vin Osmond no entendía en absoluto.

—¡No la toque! —ordenó Uriah, tajante.

El panel que anteriormente se abiera volvió a descorrerse y apareció una camilla rodante y cinco personas, tres hombres y dos mujeres.

Las mujeres vestían de amarillo claro unos uniformes ajustados y los hombres, de azul oscuro, a excepción del más alto y fornido, un tipo ciertamente extraño y de aspecto dominante, con abundante cabello negro.

Su indumentaria era de un color cinabrio oscuro. Portaba ancho cinturón, un arma colgando de él y una insignia de platino y oro sobre su pecho, a la altura del corazón. Era una insignia grande que al mismo tiempo que pregonaba su jerarquía quizá le protegía el corazón de un disparo por sorpresa.

Uno de los hombres oprimió el resorte de un botellín spray frente al rostro del excitado Moses y éste dejó de moverse. Cerró los ojos y comenzó a respirar profundamente.

Entre las dos mujeres y uno de los hombres, cogieron a Meta con sumo cuidado y la tendieron sobre la camilla rodante. Antes de que desapareciera de su vista, Vin Osmond descubrió su rostro agotado, la vio gemir y le dio la impresión de que aquella hermosa mujer realizaba todo cuanto él había presenciado, en contra de su voluntad.

Sintió indignación y al cerrarse el panel de la pared, desapareciendo Meta de su vista y también el idiota cuya silla de ruedas electrónica se había puesto en marcha sin que nadie la tocara, siguiendo tras la camilla, se revolvió hacia Uriah.

Ya se había hecho la luz completa y antes de que él pudiera decir algo, fue Uriah quien habló.

—Le presento a Strabo. Es el jefe de mi servicio de seguridad. Tengo en él máxima confianza y después de mí, no hay nadie más en mi imperio con más autoridad que él.

—Obliga a Meta a hacer lo que ha hecho, ¿verdad? La utiliza como médium para que ese cretino barbotee y babeo repugnantemente.

—Meta no es una chica vulgar, Osmond. Es la doctora en psicología, psiquiatría y parapsicología, Meta Earthy. No se le olvide,

la doctora Meta Earthy. Yo la tengo en gran aprecio. En cuanto a lo que usted llama barbotear, fue grabado y analizado concienzudamente por mis técnicos y computadoras y, sorpréndase, porque Moses habla en griego antiguo y da las más complicadas fórmulas matemáticas con cálculos astronómicos y geológicos que ningún ser humano es capaz de realizar.

—¿Y qué importancia tienen esas fórmulas dichas en griego antiguo por un idiota, un subnormal profundo?

—Cálmese, por favor. Es usted demasiado vehemente, quizá por causa de la belleza de Meta.

—Parece que Osmond ya se ha calmado —observó Strabo con suficiencia.

—Osmond, cuando se analizaron las fórmulas dadas por Moses se buscó relación con algo conocido y correspondían exactamente con los datos astronómicos obtenidos sobre el planeta Spyro, de modo que, ignoramos por qué fuerza mental, Moses conoce la trayectoria de Spyro, su masa, su densidad, su velocidad, la dirección y el lugar justo donde se encuentra. Donde no han podido llegar los más geniales hombres de ciencia, ha llegado la mente idiotizada de Moses.

—¿Y de verdad va a exponerse a realizar un proyecto que puede costar vidas y, por supuesto, lo que es menos importante para usted, millones y millones de dinero, confiando sólo en las palabras de un cretino?

—Sí —fue la respuesta categórica de Uriah.

Vin Osmond quedó un instante pensativo y en silencio mientras era observado por Uriah, Strabo y aquel maldito gato al que había comenzado a odiar sin saber por qué. Al fin, dijo:

—Strabo, conduce a Osmond a su hábitat, porque Osmond se va a quedar conmigo y llevará a cabo la tripulación de mi nave. ¿No es cierto?

—¿Y si me negara?

Uriah volvió a reírse, agitando ligeramente sus albinos cabellos.

—No es usted tonto, Osmond. Ahora ya sabe demasiado. ¿Cree usted que si no aceptara mi trato iba a poder marcharse?

—No, creo que es mejor que me quede. Todo esto tiene algo de fascinante y a mí me gusta la aventura, precisamente fue lo que me

reprocharon cuando estaba en la Army-Mundi-Spacial.

—Magnífico, Osmond. Bien venido a mí imperio. Seguro que no quedará defraudado.

Vin Osmond caminó al lado de Strabo abandonando la lujosísima estancia de Uriah, ubicada dentro de su palacio bajo la campana submarina de ultraduro y grueso cristal.

## CAPITULO IV

Vin Osmond sabía muy bien del poder de Uriah, aquel enigmático personaje que, aparentemente, no se metía con ningún Gobierno y mucho menos con el Mundi-Federal que agrupaba a todas las naciones del mundo en el macroparlamento que se había levantado en Brasilia y que sustituía con muchas ventajas al edificio de las Naciones Unidas de Nueva York, arrasado materialmente hasta ser convertido en cenizas por un impacto nuclear.

Quienes querían saber de él tenían que recurrir a los archivos de las videotecas. Aquel edificio de las Naciones Unidas había acabado siendo, según todos, el aborto que había dejado el vientre vacío a la madre Libertad para que pudiera concebir el Mundi-Federal, levantado en Brasilia después de que gran parte de todo lo edificado en el planeta Tierra había quedado aniquilado por el mal entendimiento de las políticas.

Ahora, los Gobiernos seguían siendo nacionales, cada cual respetaba y era respetado, pero el máximo órgano era el Mundi-Federal.

No temía a Uriah, pero sí se sentía intrigado por lo que ya había presenciado. Le habían hablado de situaciones paranormales, pero le parecía inaudito que un proyecto de tanta envergadura y riesgo se llevara a cabo basándose sólo en las palabras casi ininteligibles de un idiota perdido en estado de hipnosis.

—Veremos lo que sucede al final —se dijo, mientras un ascensor ultrarrápido le subía por un pozo que se hundía unos setecientos pies en las entrañas de la Tierra y luego daba paso a una amplia galería que conducía a los sótanos de la mansión de Uriah, protegida por la gruesa campana de duro cristal, una campana tan enorme que sólo una inmensa fortuna podía llevar a cabo su construcción.

Ahora, salía del pozo que conducía al nidal de Uriah. Luego, por un corredor, llegó a lo que parecía la entrada de una gruta natural.

Nadie atentaba contra él. Incluso, estaba seguro de que en aquellos momentos, mientras descendía por una pequeña ladera hacia la orilla del lago, era observado atentamente por los medios de seguridad que poseía la isla Atlántica, imperio de Uriah.

Divagaba en sus pensamientos cuando descubrió una figura femenina tendida en la arena, recibiendo los suaves rayos del sol. Cerca de las plantas de sus pies apenas se movían unas olas de algo menos de una pulgada de altura.

Las aguas del lago se veían limpias, transparentes, oxigenadas. En él vivían peces de gran variedad y color, pero ninguno que pudiera causar daño a quien se bañara en aquellas aguas.

En realidad, era como un gigantesco estanque de jardín de estilo «natura», meticulosa y sabiamente controlado.

—Buenos días, doctora Earthy.

Ella, que daba su espalda al sol, se alzó ligeramente con los brazos y miró al hombre a través de unas gafas que impedían ver sus pupilas verdes, unas gafas sin montura aparente y que se fijaban en las cuencas de los ojos por presión.

Dejaban tostar hasta los mismísimos párpados, pero evitaban que los ojos pudieran ser dañados por los rayos solares. De esta forma no quedaba rastro alguno de su uso una vez tostada la piel.

—Es usted el comandante Osmond, ¿verdad?

—Vin a secas es más sencillo —dijo mirando aquel cabello tan rojo y abundante que parecía que el mismísimo sol lo hubiera incendiado.

Pese al rojo de los cabellos y al verde de los ojos, la doctora Earthy no tenía pecas en su cuerpo, a excepción de alguna indiscreta que el hombre pensó sería agradable conocer.

—De acuerdo, Vin. Yo soy Meta, así me presentó ayer Uriah.

—Sí, y también me dijo quién era usted, es decir, sus títulos como doctora en psiquiatría, psicología y parapsicología.

Ella sonrió más ampliamente.

—Bueno, no hay para tanto. Soy una mujer, simplemente.

—Y vaya mujer.

—Vamos, Vin, no me diga que siempre anda galanteando a las chicas.

—Cuando admiro belleza, me es imposible cerrar los ojos.

—Le creía más frío, más cínico, aunque quizá esto último sí lo sea. ¿Me equivoco?

—Bueno, uno mismo se define bastante mal. Suele agenciarse con las virtudes que puedan adornarle y también con defectos que no le perjudiquen demasiado, según las normas al uso.

—Entonces, sería un hombre práctico.

El suspiró y cambiando el tono, preguntó:

—¿Por qué está aquí con Uriah?

—¿Yo?

—Sí, no veo a nadie más en derredor.

—Aquí no se sabe nunca desde dónde le pueden observar a uno. Todo está controlado en esta isla Atlántica, ni siquiera pueden sobrevolarla.

—¿Quiere decir que nuestra conversación puede estar registrándose en cualquier videotapa de seguridad?

—Quizá.

—Bien, a mí eso me importa un comino. Yo voy a hablarle con sinceridad. Uriah me ha contratado para pilotar una nave, una nave que parece será muy especial.

—Sí, ya lo sé; esa nave ya se está construyendo.

—¿Dónde?

—¿No se lo ha dicho Uriah?

—No.

—¿Y Strabo?

—¿Ese tipo con aires de Military-Police a ultranza?

—Strabo es un hombre muy seguro de sí mismo, muy eficiente. Uriah le tiene la máxima confianza y no me gustaría ser yo quien cayera en desgracia con él.

—Vi las miradas que le dirigía ayer y creo que no la quiere mal precisamente.

—¿Insinúa que Strabo se ha fijado en mí? —Meta se echó a reír.

—Bueno, cualquiera podría enamorarse de usted.

—Pues, lo siento por quienes puedan pensarlo, pero yo no voy a aparejarme con nadie.

—¿Con nadie?

—¿No me ha oído?

—Sí. Aquí se goza de un agradable silencio, sólo turbado por el gorjeo de los pájaros.

—Son pájaros muy exóticos y refinados. Todo lo que escoge Uriah es refinado, no le gusta lo imperfecto, lo degradado, lo feo.

—Sin embargo, Moses...

—Moses es un caso excepcional. Su mente es algo fantástica e increíble a la vez.

—¿De veras cree en lo que dice Moses?

—Estoy segura de él. Yo pertenecía al cuerpo médico de una clínica privada y me fijé en ciertas particularidades parapsicológicas de Moses. La familia de ese subnormal adulto profundísimo desapareció y él iba a ser trasladado a otro establecimiento psiquiátrico estatal, efectivo como nuestra clínica pero, ya sabe, sin tantos lujos, cuando el director me llamó para decirme que había alguien que se hacía cargo de Moses y que además quería una entrevista con su cuidadora, que era yo.

—¿Ese alguien era Uriah?

—Sí, pero no utilizó su nombre, por supuesto. Oficialmente, Uriah no se ha hecho cargo de la adopción de Moses. Hay un supuesto matrimonio solvente que da la cara.

—Sí, ya conozco los métodos de Uriah. Siga, es interesante.

Dio la vuelta y puso ahora la espalda sobre la arena. El sol comenzó a tostarla de frente, incluso las diminutas prendas que vestía, que si bien protegían sus intimidades de miradas indiscretas, el sol las traspasaba, lo mismo que hacía con las gafas.

—Yo expliqué que Moses era un verdadero caso de investigación, que valía la pena ensayar fenómenos paranormales con él, y me encontré en una finca de Venezuela haciendo pruebas, ayudada por un pequeño equipo de colegas de diversas razas. Todos

estudiábamos a Moses y pasábamos los informes de cuanto obteníamos a los supuestos y ricos adoptantes. Luego, llegó un día en que fueron en nuestra búsqueda y el pequeño equipo de doctores recibió a otro sujeto para continuar sus investigaciones. Moses y yo llegamos a esta isla Atlántica.

—Bueno, lo que presencié me ha dado mucho que pensar. ¿La obliga Uriah a realizar lo que hizo ayer frente a Moses?

—Sería muy largo de explicar, Vin. Por lo visto, Moses sólo puede ser estimulado en sus fenómenos de paranormalidad por mí y por ciertos efectos como usted pudo presenciar. Ahora, le ruego que cambiemos de tema.

Vin hubiera deseado averiguar más, mucho mas sobre Meta. La verdad es que contemplando a su lado la cálida belleza de aquella pelirroja se olvidaba del idiota Moses. No le quería mal alguno, pero le molestaba lo que había presenciado. No quiso molestar a la chica y por ello le preguntó:

—¿La nave la están construyendo en órbita terrestre?

—Sí. ¿No decía que no lo sabía?

—No lo sabía, sólo lo he supuesto, y si es en órbita terrestre, debo de suponer que será una nave muy grande.

—Sí, oficialmente creo que la nave se presenta como un supuesto hotel espacial capaz para mantenerse largo tiempo fuera de la órbita terrestre.

En aquellos momentos les sorprendió algo que se movía en el agua y que nadaba hacia ellos. Los dos clavaron sus miradas y al fin vieron que de las aguas salía un hombre.

Al ponerse en pie resultó ser...

—Strabo —dijo Meta.

—Buenos días. ¿Hace mucho rato que están aquí tomando el sol? —preguntó Strabo con su fría sonrisa que apenas lo era y con su mirar habitualmente inquisitivo.

—¿Y podría preguntarle yo cuánto rato hace que está en el agua? —replicó Osmond.

—No sé, por lo menos media hora —reconoció Strabo—. Me gusta nadar en este lago, hay una fauna piscícola realmente vistosa.

Vin Osmond volvió a decirse que aquel tipo no era del todo normal. Tenía la impresión de que había estado bajo las aguas a pulmón libre y mucho más tiempo de lo que nadie podía aguantar, pero no quiso aclarar este punto abiertamente.

## CAPITULO V

Llevaba ya trescientas cincuenta y dos horas probando la gigantesca nave, que estaba siendo puesta a punto hasta el más mínimo detalle.

El tiempo allí no tenía nacionalidad y, por tanto, sólo se calculaba el tiempo de a bordo. Incluso el día podía resultar falso, pues según se orbitase sobre un país u otro, cambiaba.

Por ello, el tiempo había comenzado a contarse desde el momento de empezar a funcionar el reloj de a bordo, conectado en hora cero y con una fecha determinada que coincidía con los relojes del islote atlántico propiedad de Uriah.

Vin Osmond tuvo que admitir que los controles funcionaban a la perfección. Su pequeña nave para turistas resultaba casi prehistórica al lado de la nave de Uriah, que aún no había sido bautizada.

Se había estado familiarizando con los controles, asesorado por los ingenieros constructores, que habían sido escogidos entre los más cualificados del mundo.

Cada pieza había sido calculada y construida meticulosamente en la Tierra y luego llevada a la órbita en que giraba la nave en construcción por otras naves de carga.

Después, el ensamblado se había hecho con una perfección de laboratorio por los ingenieros astronautas que trabajaban en el vacío.

Claro que si no hubiera habido un pionero como el primitivo «Skylab», no se habría logrado la depurada técnica que ahora se usaba en aquella gigantesca nave.

La pila nuclear, que prácticamente hacía inagotable la energía en la nave, había sido controlada con esmero para evitar fugas que pudieran poner en peligro al personal viajero.

Vin Osmond se sentía a gusto ante aquel puente de mando dotado de los avances más espectaculares, pues incluso las más perfectas naves de la Army-Mundi-Spacial carecían de ellos.

Lo que no le había gustado es que la nave fuera cargada con dos poderosos cañones láser, capaces de destruir al instante cualquier

objetivo mientras la nave seguía en órbita.

En el hangar (donde ahora solían posarse las naves que despegaban de la Tierra para llevar suministros) se habían depositado cuatro naves: dos eran de caza, capaces para volar perfectamente con atmósfera y fuera de ella. Eran más bien pequeñas, de dos plazas, pero muy rápidas. Luego había un carguero que sólo alcanzaba las cinco mil millas hora en vuelo, pero podía cargar bastante peso en su panza, y Vin Osmond se había preguntado qué era lo que Uriah pensaba cargar en el planeta Spyro.

La cuarta nave era más estilizada y elegante. Era una nave de lujo para efectuar los desplazamientos necesarios entre la Tierra y la nave situada en órbita.

Dentro de la atmósfera tenía un radio de acción prácticamente ilimitado y podía llevar seis plazas cómodamente instaladas.

Cada vez que se cruzaba de cerca con laboratorios en órbita, el automático de la nave de Uriah daba su posición y saludaba a los astronautas que también giraban en derredor de la Tierra.

En la gran pantalla observó el acercamiento de una nave. Se encendieron una serie de botones rojos, advirtiéndole que la nave se dirigía hacia la gigantesca de Uriah.

Estaba acostumbrado a aquella situación. Constantemente llegaban y marchaban naves con suministros, pero le habían advertido que ya estaba todo listo.

Los ingenieros habían comenzado a marchar, seguros de que lo que ellos habían construido no iba a fallar. Ni siquiera un meteorito podría perjudicarla.

La nave que había despegado de la Tierra se introdujo en la panza de la astronave que gobernaba Vin Osmond.

Miró al que iba a ser su ayudante en el control del pilotaje de la nave, un hombre al que no conocía anteriormente, pero con el que fraternizó rápidamente al ver su competencia. No en vano había sido escogido por Uriah para aquel vuelo excepcional.

Era un sujeto de cabello cortado al cepillo, exageradamente delgado y callado como pocos. Sólo sonreía agradecido si alguien le proponía jugar una partida de ajedrez, su gran pasión.

—Lyonel...

—¿Sí?

—Cuide del puente. Creo que aunque no hemos sido avisados, tenemos visitas especiales.

—De acuerdo.

Lyonel ni siquiera había preguntado a Vin Osmond cuándo abandonarían la órbita terrestre. Le preocupaba poco; su pasión era estar en un puente de mando, y si tenía algunos celos, en cierto modo justificados, era a Vin Osmond, porque le hubiera gustado ser él quien gobernara la nave.

La nave era una gran esfera con una especie de cola cilíndrica que partía como un radio de su eje, cruzaba el casco y se prolongaba media milla en el espacio.

El puente se hallaba a la cabeza de la esfera, es decir, en el lado contrario de la cola.

Vin tomó un ascensor y descendió a los hangares, que se hallaban en el casquete inferior de la esfera.

Al entrar en el hangar descubrió a Uriah acompañado de Strabo. Tras ellos, con dos ayudantes masculinos y dos femeninos, estaba Moses, el extraño y obesísimo idiota, y cerca de él, Meta Earthy.

A su lado, la ayudante directa de Uriah, Suky, una bella oriental de cabello azabache y ojos grandes y claros. Posiblemente tenía algo de sangre occidental, lo cierto era que en la opinión de Vin Osmond, aquella mezcla la favorecía, aunque él siempre se había fijado más en la pelirroja Meta.

—Bien venidos a la nave —saludó, irónico, Vin Osmond—. Hacía tiempo que no les veía.

—Pues ya estamos aquí, Osmond. Dentro de una, hora exactamente pondrá los motores en marcha y abandonaremos la órbita terrestre en dirección contraria a la traslación de la Tierra en derredor del Sol.

—Hola, Earthy. Hola, Strabo. ¿Qué tal, Suky? Creo que ya estamos todos.

Uriah sonrió fríamente y dijo:

—La «Tut-Ankh-Amón» debe dar las señales espaciales de marcha a la Tierra en breves minutos.

—¿La «Tut-Ankh-Amón»? —repitió Vin Osmond, perplejo.

—Sí, es así como se llama esta nave. En estos momentos terminan de incrustar las letras en el fuselaje.

—No lo sabía —admitió Osmond, sincero e irónico a la vez.

—Pues ahora ya lo sabe. Dentro de doce horas podemos celebrar el bautizo en la intimidad; será en el salón.

Uriah dio por cortado el recibimiento. Embutido en su túnica, ahora verde esmeralda, que le llegaba hasta los tobillos y se ceñía al cuello, con aquellos cabellos canos cayéndole sobre los hombros, la larga mandíbula y un caminar parsimonioso, se alejó seguido de Strabo y Suky.

Meta Earthy se encaró con los cuidadores de Moses, el cual babeaba como era costumbre en él y tenía la mirada perdida. Ni tan siquiera se fijaba en la atractiva pelirroja.

—Llévenlo a la habitación cuarenta y mantengan el servicio turnándose.

Los cuidadores asintieron.

Meta Earthy se quedó junto a Vin Osmond mientras se llevaban al cretino.

La nave que había traído a la comitiva a bordo se alejó silenciosamente del hangar, pasando a la gran sala de despresurización. Después salió al vacío, alejándose de la gigantesca «Tut-Ankh-Amón».

Gracias a la gravedad artificial, se desenvolvían bien y todo en la nave guardaba su equilibrio de peso y masa en orden a la gravedad terrestre.

## CAPITULO VI

Vin Osmond había sido un tanto escéptico respecto a la solidez de las supuestas adivinaciones de Moses. A bordo había una computadora especial para la traducción de cuanto Moses pudiera decir en uno de sus estados paranormales, y Vin Osmond no sabía que se hubiera empleado durante el viaje. Ello le agradó, pues no le satisfacía recordar a Meta Earthy sufriendo en aquella extraña danza que sugestionaba al cretino.

No, no quería que atrajera la atención de Moses de aquella forma un tanto sensual, aunque tenía mucho que ver aquella gruesa hebilla que llevaba Siempre colocada. La única vez que la había visto sin ella había sido a orillas del lago mientras doraba su piel bajo el sol.

Pese a su escepticismo, no se sorprendió, al detectar la sombra de un cuerpo extraño en su ruta. Aquel punto se fue agrandando en la pantalla y los sensores comenzaron a funcionar de forma automática.

Uriah y Strabo pasaron al puente al tener conocimiento de la presencia del planeta.

—¿No dudaba de su existencia, Osmond? —preguntó Uriah, desafiante.

—Sí, ya veo que los sesos de su idiota funcionan bien. ¿Y qué más le contó sobre Spyro?

—Siempre su deseo de saber, ¿eh, Osmond?

—Creo que es lógico. Comando una gran y lujosa nave con una bodega para carga que está vacía.

—Pero usted tiene un objetivo.

—El planeta Spyro —remachó Strabo, que última-mente se mostraba muy hostil con él.

No quería que la amistad de Osmond con Meta fructificara, pasando quizá a otro tipo de relaciones más que amistosas.

Por otra parte, Osmond se tropezaba con Suky continuamente. Había soportado bien sus insinuaciones, la chica era muy hermosa, pero él no quería líos. Suky comenzaba a mostrarse algo pegajosa e incluso insolente con Meta Earthy siempre que Uriah no estuviera presente, pues se notaba que temía al extraño personaje.

Conectaron el telescopio de a bordo con la gran pantalla de televisión a color.

Vin Osmond pulsó el botón de conexión y en pantalla apareció Spyro, con un tamaño no superior al de una naranja de tipo regular, pero una naranja de color azulado, lo mismo que el planeta Tierra.

—Si no estuviera seguro de la habilidad de los mandos, diría que hemos recorrido la órbita solar por completo, encontrándonos de nuevo con nuestro planeta.

—Ese planeta es muy parecido. Su atmósfera se diferencia muy poco de la nuestra.

—¿Eso se lo han dicho los sensores o el idiota de Moses? —preguntó Vin Osmond.

Lyonel, silencioso como siempre, trataba de poner el telescopio al máximo para agrandar la imagen, pero ésta se tornaba borrosa en pantalla y él seguía tanteando en un panel de mandos.

—Hasta ahora ya hemos comprobado que Moses ha dicho la verdad —sentenció Strabo.

Vin le miró. Aquel tipo le había caído mal desde el primer día que lo conoció. Había algo raro y maligno en él, no parecía terrícola. Sin embargo, que el supiera, la Humanidad no se había topado aún con ningún extraterrestre, aparte de los consabidos OVNIS.

¿Habría salido Strabo de uno de ellos? Uriah parecía conseguir las cosas más insólitas. Tenía debilidad por el lujo y por lo raro y exótico. Hasta en la elección de Strabo había sido muy especial, y no hablemos de su gato «Mammon», que de cuando en cuando aparecía por el puente sin que nadie osara tocarlo.

Si bien se había dicho que era la mascota de la nave, lo cierto es que era la mascota de Uriah.

El gato no se dejaba acariciar por nadie más. Erizaba sus pelos rojos y mostraba sus agudos colmillos, desnudando sus garras cuando alguien se le acercaba.

Una cuidadora de Moses había resultado herida por unos zarpazos del supuestamente dócil «Mammon», y al quejarse a Uriah, la chica había recibido como respuesta dos duras y secas bofetadas.

Vin Osmond no había presenciado aquel hecho, pero le había indignado al tener conocimiento de él. Se había prometido a sí mismo

que aquel gato mimado y hostil sufriría un accidente. Quizá sería una forma de castigar la soberbia y el despotismo de Uriah, que en aquel momento dijo:

—Tome las precauciones necesarias para que no nos incrustemos contra ese astro. El viaja a la velocidad de la Tierra hacia nosotros, y la «Tut-Ankh-Amón» viaja al cuádruple de esa velocidad gracias al poder de sus motores.

—No tema —le respondió Osmond—. Ha contratado al mejor de los comandantes del espació. De lo contrario, no estaría aquí tripulando esta nave.

—Es cierto. No podía confiar mi nave y mi vida a un inepto, pero que no me pese habérsela confiado a un arrogante —repuso, cuando en el puente entraba Meta Earthy.

La pelirroja había oído las últimas palabras; sin embargo, venía preocupada por otros motivos.

—Uriah...

—¿Qué pasa, Meta?

—Moses no está muy bien; parece que le ocurre algo.

—¿Que le ocurre algo? Usted es su doctora, sabrá qué le pasa.

—Mi título sólo me garantiza para curar enfermedades de la mente —puntualizó Meta.

Uriah había hundido las manos en una especie de bolsillos que tenía la túnica y Meta, tras aquella respuesta, acusó en su rostro una mueca de dolor. Se inclinó ligeramente hacia adelante, pero rápidamente in-tentó disimular.

—¿Lo ha visto el doctor Thermes?

—El doctor está ahora con él —contestó Meta, con algo de esfuerzo.

Su voz se había apagado un tanto y enronquecido tras acusar aquel impacto de dolor que hizo que Vin Osmond clavara su mirada en el maldito cinturón que llevaba.

—¿Y qué ha dicho?

—Que vaya usted a verle. Moses echa espuma por la boca como nunca y tiene fuerte fiebre.

—Ha de cuidarlo. Moses es muy útil en este viaje y no quiero que muera antes del regreso.

Aquellas palabras de Uriah expresaban bien a las claras la piedad que sentía por el subnormal. Sólo buscaba en él información y luego, posiblemente, lo haría desaparecer.

Uriah se marchó con Strabo. Vin retuvo unos instantes a Meta algo lejos de Lyonel. La miró a los verdes ojos y preguntó:

—¿Morirá el idiota?

—No lo sé, pero si eso sucede, Uriah se enfurecerá y cuando ello ocurre se convierte en una bestia despiadada.

—Te ha lastimado, ¿verdad?

Ella bajó la mirada y dijo:

—No sé de qué me hablas.

—Sí sabes de qué te hablo: de la hebilla de tu cinturón. Te daña con ella, ¿no es cierto?

—He de marcharme —replicó ella, no queriendo hablar sobre aquel tema—. Si Moses muere, yo ya no seré más que un viajero inútil en esta nave.

—¿Temes que la ira de Uriah caiga sobre ti?

—Es capaz de todo y quiero vivir. Por favor, Vin, te conozco y te estimo, pero si tratas de indisponer a Uriah en contra mía, será peor para mí.

—¿Indisponer a Uriah contra ti? No, eso no.

—Si Uriah se da cuenta de que deseas defenderme de él, se vengará. Es muy vengativo.

—Estás hablando como si fueras su esclava. ¿Es que ese cinturón es un grillete maléfico que te somete y esclaviza?

—Adiós, Vin, y gracias por tu interés, pero no habrá paz para mí. Lo supe desde que pisé la isla de Uriah. Adiós.

Vin Osmond trató de retenerla, pero Meta escapó de su lado mientras Lyonel recababa la atención de Osmond sobre unos datos del enigmático planeta Spyro, un planeta capaz de desplazarse por sí mismo en el espacio de forma interestelar, rompiendo la dinámica de

los astros y acoplándose a una órbita determinada, demasiado perfecta para pensar que fuera casual.

## CAPITULO VII

Moses, el idiota, echaba verdaderos espumarajos por la boca y se convulsionaba violentamente en su silla de ruedas, movida a distancia electrónicamente por el cuidador que lo vigilara o condujera a alguna parte. Uriah tenía otro mando de la silla y podía manipularla a voluntad.

Los cuidadores masculinos trataban de sujetar aquella masa de más de doscientos kilos de grasa que trataba de volcar la silla.

Las féminas observaban en silencio y el doctor Thermes preparaba un inyectable, aunque su gesto era dudoso.

Uriah y Strabo habían entrado en la estancia y tras ellos, casi sin que lo advirtieran, también el gato «Mammon», con sus ojos dorados y su pelo abundante y rojo.

El felino trepó al estante de un armario y desde lo alto observó con sus ojos amarillos, metálicos, al idiota como si no quisiera perderse aquel espectáculo. El gato parecía comprender algo de lo que estaba ocurriendo.

—¿Qué va a hacer, doctor Thermes?

—Inyectarle un calmante, pero me temo...

—¿Se teme qué?

Tras la inquisición de Uriah, el médico respondió con esfuerzo:

—Sufre un ataque cerebral, muy parejo a la epilepsia. Fíjese en los síntomas que expresa en su estado.

—No me venga con monsergas, doctor Thermes. Ha de salvar a ese cretino, es muy importante para mí.

—La doctora Earthy ya lo ha visto. En realidad, se tendría, que efectuar una exploración muy a fondo de su cerebro y quizá no podamos hacer nada. Es posible que esté agotado o se le haya hecho algún daño a causa de los excesivos experimentos de parapsicología a que se le ha sometido.

—Doc Thermes, no le he pedido que juzgue mi actuación. Le exijo que cure a Moses, es muy importante.

—Todo lo importante que quiera, pero yo sólo puedo llegar hasta donde llega la propia ciencia actual. No soy Dios.

—¿Quiere decir entonces que es un inepto, que me he equivocado con usted?

—Si se ha equivocado conmigo o no es cuestión suya. Por otra parte, yo sí creo en Dios y en su omnipotencia. Los hombres jamás la alcanzaremos, por mucho que lo pretendamos.

—¡La ciencia hace milagros! —exclamó Uriah, irritado.

—La ciencia opera milagros a los ojos de los profanos, no a los ojos de los científicos que saben lo que hacen. —El galeno bajó el tono pensando que no era demasiado conveniente indisponerse tan abiertamente con Uriah y dijo—: Haremos primero una exploración y luego, si es posible, una intervención cerebral.

—Lo que sucede, doctor Thermes, es que usted siempre ha estado escéptico, casi en contra, de la parapsicología.

—No vale la pena discutir sobre ese tema. Usted decidirá si lo intervenimos o no.

—Si lo interviene, ¿qué puede suceder?

Strabo hizo notar a los demás:

—Moses se mueve menos, parece que el ataque cede.

El médico aplicó un fonoscopio a su pecho y en una pantalla comenzó a aparecer la señal visual y el sonido del corazón de Moses.

—Parece que va muy lento, ¿no? —observó el propio Uriah.

—Creo que esto se acaba —anunció Thermes, pesimista.

—¡Vamos, doctor, haga algo, no lo deje morir! ¡Inyéctele adrenalina y active ese corazón con descargas eléctricas!

—Me temo que no es el corazón lo que falla, aunque también está afectado por la gran adiposidad de ese cuerpo. Es el cerebro.

En aquel momento, en el umbral acababa de aparecer Meta Earthy. Tenía gravedad en el rostro y respiraba jadeante. Sus senos altos y turgentes oscilaban al compás de su respiración.

Uriah se fijó en la joven y bellísima doctora y, súbitamente, la señaló con el dedo índice, casi acusadoramente.

—¡Ella puede salvarlo! ¡Ella puede reanimarle, hacerle sentir deseos de vivir!

—¿Cómo? —preguntó el doctor Thermes, un hombre al que faltaba poco para entrar en la cuarentena.

—¡Meta, una sesión ahora mismo, rápido!

—Yo también opino como el doctor Thermes: que la mente de Moses ha sido trabajada en exceso —dijo Meta, con seguridad—. Los fenómenos de paranormalidad sólo deben darse esporádicamente y sin forzar a quien los realiza. Es peligroso un exceso, y Moses sufre ahora las consecuencias en su cerebro.

—No quiero opiniones ahora. Ya tenemos a Spyro a la vista y es posible que acudan datos a la mente de Moses, esos datos que me faltan y que debo obtener.

—¿Aunque Moses reviente? —preguntó Meta, desafiante.

—¿Es que en alguna ocasión ha pensado que ese Moses me importaba algo?

Mientras, el gato «Mammon» se lamía las puntas de sus patas delanteras sin quitarle ojo al convulsivo Moses, que ahora parecía más pacífico. Incluso había dejado de echar espumarajos y su respiración era cargada.

—No es conveniente hacer nada ahora. Que se lo diga el doctor Thermes.

—La doctora Earthy tiene razón —ratificó el galeno—. Ahora podría sobrevenirle la muerte.

—Y si no hay sesión, también puede morir.

—Su vida está en las manos de Dios, como la de todos.

—Dejen en paz a Dios. Quiero que Moses hable. Puede morirse y con su muerte perdería el detector a distancia más valioso que jamás haya podido encontrar. Además, una sesión dada por Meta puede reanimar mucho a Moses. ¡Vamos, Meta!

—Me niego.

Aquella resuelta negativa de la joven irritó más a Uriah.

—¡Obedezca!

—No. No me responsabilizo de lo que pueda ocurrirle a Moses. Además, puedo cuidar a un enfermo subnormal, psicopático o simplemente desequilibrado, pero no quiero convertirme en médium, yo diría que sensual, para excitar la mente de ese pobre ser.

Uriah hundió las manos en los extraños bolsillos de su túnica, dentro de los cuales debía ocultar algún pequeño emisor electrónico.

Meta había esperado aquel momento con angustia, pero quería resistir. Tuvo que buscar fortaleza dentro de sí misma. La hebilla del cinturón envió la onda flagelante a su abdomen a la vez que dirigía aquellas vibrantes ondas por su cara exterior hacia Moses.

Meta aguantó hasta que lanzó un grito que erizó los pelos de «Mammon» e hizo estremecer a cuantos allí estaban, excepto a Strabo y al propio Uriah.

Nadie se acercó a socorrerla. Vin Osmond estaba ignorante de lo que allí ocurría.

Meta se había doblado hacia delante y la cabellera roja como el fuego le caía sobre la cara, ocultándosela. El dolor continuaba presionándola e incluso inició unos pases de aquella maldita danza de hipnotismo hacia el paranormal, pero se reprimió.

—¡Basta, ya está bien, basta! —exigió el doctor Thermes, tratando de acudir en ayuda de Meta al ver lo que sufría la joven por aquella hebilla productora de ondas que flagelaban los nervios de sus órganos.

Strabo agarró al doctor Thermes por el brazo. Le hizo dar la vuelta y le prodigó un golpe seco en el costado del cuello. El médico se derrumbó como un saco, perdido el conocimiento.

Meta agitaba la cabeza, luchando contra aquel dolor que le atacaba como nunca.

—¡Vamos, ceda, ceda y comience la danza! ¡Electrice con las puntas de sus dedos a Moses, haga que hable!

—¡No!

Meta Earthy clavó sus rodillas desnudas en tierra. Dobló totalmente su cuerpo hasta que los cabellos tocaron el suelo y luego se derrumbó de costado mientras el gato, nervioso, se había levantado y caminaba de un lado a otro del largo estante del armario, como pantera dentro de su jaula.

—¡Maldita sea, se ha desmayado, y ella es la única que lo hace hablar!

—Ya no lo hará hablar más —dijo Strabo, con gravedad.

—¿Crees que volverá a resistirse en la próxima ocasión?

—No lo sé, pero Moses ha muerto —concluyo, mirando la pantalla del fonoscopio cardíaco, que ya no emitía señal alguna.

—¡Maldita sea, maldita sea!

Uriah desató su ira y nadie osó detenerle. Dio varias patadas al cuerpo yacente de Meta Earthy y también al de doc Thermes. Por último, se enfrentó con aquel cadáver encajado en la silla de ruedas.

—¡Maldito seas tú también, pero me las arreglare sin ti! —Le abofeteó a derecha e izquierda. El cadáver, como era lógico, encajaba los golpes sin demostrar sufrimiento alguno—. He llegado hasta aquí por ti, pero seguiré adelante. ¡A Uriah no le es indispensable nadie, nadie! ¡Strabo!

—¿Sí?

—¡Alivia la nave del peso de este monstruo!

—¿Lo lanzamos al vacío?

—Sí. Sujetadlo a la silla y lanzadlo con silla y todo. —Soltó una risotada y añadió—: Será divertido si alguna nave, terrestre o extraterrestre, lo encuentra viajando por el espacio de esa guisa, sin traje espacial y encajado en una silla de ruedas.

Y pensando en el efecto que podía hacer el cadáver de un idiota hiperobeso flotando en el espacio, continuó riendo.

## CAPITULO VIII

Vin Osmond recordaba todavía la extraña, la chocante imagen de Moses encajado en su silla y flotando en el espacio, alejándose más y más de la nave «Tut-Ankh-Amón». Había preguntando por él al doctor Thermes y éste le había respondido que Moses había muerto de forma natural, y así constaba en su certificado de defunción.

A partir de aquel momento, la preocupación de Vin Osmond había aumentado con respecto a Meta.

—¿Dónde está la doctora Earthy?

—Lo ignoro —le había respondido el doctor Thermes.

—Pues en alguna parte debe estar.

—La nave es muy grande y no tengo autorización para patearla toda.

—¿Cree que le ha pasado algo a la doctora Earthy?

—Supongo que no.

—¿Le han amenazado por si hablaba, doctor?

—No me haga más preguntas, Osmond. Yo sólo soy un empleado, un asalariado de Uriah, y, francamente, no deseo terminar este viaje como lo ha hecho Moses, flotando en el espacio para el resto de la eternidad, salvo que coincida en la trayectoria de algún meteoro.

—Si hubiera salido algún cuerpo más de la nave, lo habría detectado. La doctora sigue a bordo.

—Bueno, confidencialmente le diré que ha caído en desgracia con Uriah porque le desobedeció.

—¿Respecto a una sesión de hipnotismo hacia Moses?

—Sí. —Bajó la voz, añadiendo—: Yo traté de intervenir en favor de la doctora, pero ese maldito Strabo me puso fuera de combate. No puedo decirle más; a mí no se me ha requerido para que la atienda.

—Luego admite que puede haberle ocurrido algo malo.

—Yo no admito nada. Disculpe, Osmond, pero tengo que hacer.

El doctor Thermes se alejó rápidamente.

En aquel momento, el diminuto emisor-transmisor que llevaba consigo se puso en marcha, llegándole claramente la voz de Lyonel.

—Comandante Osmond, comandante Osmond, aquí Lyonel desde el puente.

—Le escucho, Lyonel.

—Se acerca el momento de las correcciones. La figura del planeta Spyro se agranda por momentos ante nosotros y vamos directamente hacia él. Si tardamos en hacer la maniobra terminaremos incrustados en su superficie, salvo que nos desintegremos al penetrar en su atmósfera.

—Ahora voy, pero escuche antes.

—Sí, comandante Osmond, le escucho.

—Dígale a Uriah que quiero verle en el puente de mando. ¿Entendido?

—Sí.

—Ahora voy hacia ahí.

Como se hallaba distante del puente, pues estaba en la larga cola cilíndrica que tenía tras de sí la gran esfera que constituía el cuerpo central de la nave interplanetaria, tardó unos minutos en llegar al puente.

Cuando llegó ya vio allí a Uriah acompañado de Suky.

—¿Qué ocurre, Osmond? ¿Para qué requiere mi presencia en el puente? ¿Hemos entrado ya en la órbita de Spyro?

Osmond miró a Uriah y se sentó en la butaca que le correspondía como comandante.

Frente a él estaba el complicado panel de mandos, plagado de conmutadores y luces rojas, verdes, azules y ámbar. Algunas de ellas parpadeaban con intermitencia.

—Estamos a punto de entrar en los momentos más peligrosos del viaje. Si somos atraídos por la gravedad de Spyro y a la velocidad que nos dirigimos contra él, un error nos impedirá entrar en órbita y seremos tragados por su atmósfera. Si la nave resiste, sólo terminaremos haciéndole un cráter.

Suky le observaba con admiración mientras, instintivamente, ondulaba su bello cuerpo para que Vin se fijara en ella.

—¿Trata de asustarme? —preguntó Uriah.

—¿Dónde está Meta Earthy?

—¿Meta? ¿Qué pasa ahora con ella?

—Quiero saber dónde está —replicó, tajante.

—¡Basta ya, Osmond! No tolero que nadie me venga con exigencias, no estoy acostumbrado.

—Y yo tampoco a amenazar en vano. Si no corrijo la trayectoria de la nave en el momento adecuado, despídase de lo que busca en Spyro y también de la vida.

—Osmond, le voy a relevar del mando y pondré a Lyonel en su lugar.

Vin pasó su mano sobre el panel y cambió la mayor parte de los mandos de su posición original. Después se levantó de la butaca.

—Dígale a Lyonel que ocupe el puesto de mando.

El aludido le miró con espanto.

—Faltan sólo segundos para quedar bajo el influjo de la gravedad de ese planeta y no tendremos tiempo de colocarnos en órbita —dijo, con evidente nerviosismo—. Viajamos demasiado perpendicularmente al objetivo.

—Lyonel, ¿puede usted manejar la nave?

—Osmond la conoce mejor que yo; él no tendrá errores.

—Está bien. Meta se halla descansando en el hábitat cuarenta y uno. ¿Satisfecho, Osmond? Le advierto que si nos estrellamos contra Spyro no moriré yo solo, sino también usted y en especial Meta, de la que parece estar enamorado como un colegial —se burló, con una ofensiva risita.

—Hábitat cuarenta y uno, muy bien. ¿Y qué hace allí?

—Descansar. No tiene nada que hacer desde la muerte de Moses.

Suky, que conocía bien a Uriah, sabía que terminaría haciéndole pagar muy cara a Osmond aquella rebeldía, aquella especie de

extorsión a la que le había sometido. No quedaría todo en aquella risita ofensiva que ahora le prodigaba.

—Bien, luego lo controlará, y no se le vaya a olvidar que he ido programando la nave a mi manera. Si a mí me sucede algo, tendrán dificultades para gobernarla. Además, en determinado momento puede detenerse por completo y a menos que yo esté para darle contraorden a la computadora en la clave que he usado, no podrán hacerla funcionar.

—De modo que ha trucado la computadora de mando de la nave por su propio interés.

—Exacto. La verdad es que lo he hecho para asegurar mi regreso al planeta Tierra. Si yo caigo en alguna parte, dé por perdida toda su nave. Ni Lyonel ni nadie va a poder salvarla.

—Es usted muy astuto; me ha puesto en sus manos y eso no se lo voy a perdonar.

—¿Creía de verdad que yo iba a ponerme en las suyas, Uriah? Me subestimó. He tenido tiempo para ir haciendo mía la nave.

—Al regreso me quejaré a la Army-Mundi-Spacial y le retirarán el carnet de piloto astronauta.

—Cuando estemos de nuevo en la Tierra haga lo que le plazca. Extienda sus tentáculos de influencia o envíe tras de mí a sus sicarios, pero hasta que hayamos regresado soy indispensable; métaselo en la cabeza. Le advierto que si a Meta le ha ocurrido algo, va a tener problemas, muchos problemas.

Tras sus palabras, Vin Osmond se olvidó de todos y comenzó a poner en orden el panel de mandos.

## CAPITULO IX

La maniobra había sido perfecta; no en vano la había llevado adelante Vin Osmond.

Mientras, Suky, arañadas sus entrañas por los celos, se había acercado al hábitat 41. Aquel hábitat estaba bien cerrado con una llave que obraba en poder de Uriah y Strabo, pero Suky, como ayudante personal de Uriah, la había sustraído furtivamente.

Suky llevaba varias cosas en un bolsillo de piel adosado a su cinturón, que se sostenía sobre las bien redondeadas caderas.

Del bolsillo extrajo un pequeño frasco de plástico. Empujó la puerta, y en cuanto descubrió a Meta Earthy, le sonrió.

La doctora la observó con recelo.

—Hola, Meta. ¿Cómo te sientes?

—Mal, tengo fuertes dolores.

—Sí, ya sé que te castigó con dureza e incluso te pateó. En tu rostro todavía se ven señales.

—Ya no me duele mucho la cara —dijo ingenuamente Meta.

Suky puso el frasco frente a la bella pelirroja y le bastó con pulsar un resorte para que el rostro de Meta quedara impregnado por millares de diminutas gotas emulsionadas en aire.

Aquel narcotizante era tan rápido como efectivo, y Meta, nada más encajarlo, sintió un fuerte ahogo.

—Suky, ¿qué has hecho?

Suky, que había cerrado la puerta, sonrió al verla caer.

Meta trató de agarrarse al estrecho diván que constituía el lecho, mas no logró sostenerse. El narcótico pudo con ella y se derrumbó.

Suky sacó una jeringuilla hipodérmica. Pinchó un pequeño frasco y extrajo un líquido azulado de él. Volvió a guardarse el frasco para no dejar huellas de su paso y se inclinó sobre Meta.

Le presionó con el pulgar junto al estilizado bíceps del brazo derecho y aguardó a que se hinchara la vena del pliegue del codo.

Entonces hundió la aguja en ella con energía.

Suky sabía perfectamente que aquella alta dosis de fármaco terminaría con la vida de Meta, su rival, y el doctor Thermes achacaría la muerte a simple paro cardíaco.

Vin Osmond sí recelaría, pero no de ella, sino del mismísimo Uriah, al que haría responsable de la muerte de Meta.

Maquinando sus planes, obsesionada por los celos y el despecho, iba a empujar ya el émbolo de la jeringuilla asesina cuando se percató de que hurgaban en la cerradura de la puerta.

No tenía tiempo para nada, y viéndose perdida, optó por ocultarse dentro del armario, dejando la jeringuilla clavada en la vena de Meta, pero sin haber llegado a inyectarle el veneno que constituía aquella elevada dosis de fármaco.

La fuerza de la sangre joven de Meta Earthy fue empujando lentamente el émbolo hacia fuera mientras la sangre que pasaba de la vena a la jeringa, a través de la fina aguja, se enturbiaba con el veneno.

La puerta, al abrirse, dejó paso a Strabo. Su mirada tenía un brillo especial.

Strabo llevaba unas intenciones muy claras respecto a Meta Earthy, que no podía escapar de su encierro. En aquellos momentos, Strabo no parecía el hombre frío de siempre. Sin embargo, se mostró desconcertado al encontrar a Meta en el suelo y con la jeringuilla clavada en la vena.

Se inclinó junto a ella, le observó el rostro y le arrancó la jeringuilla sin sospechar que Suky estaba escondida dentro del armario de puertas correderas que ocupaba todo el panel de la pared.

Strabo, nervioso, con la jeringuilla en la mano, manchado el suelo de sangre, no se percató de otra arribada.

—¿Qué está haciendo? —inquirió Vin Osmond, agresivo al verle con la jeringuilla en la mano.

Strabo cambió, se volvió también agresivo. Allí, delante de él, estaba su rival respecto a la pelirroja. Por otra parte, estaba acostumbrado a mandar y no a dar explicaciones.

—¡Lárguese, Osmond! Seguro que por culpa suya la doctora ha intentado suicidarse.

—¿Suicidarse Meta? No lo creo. ¿Qué trata de hacerle, Strabo?

—No voy a darle explicaciones —respondió, poniéndose en pie lentamente como un felino, distendiendo sus músculos.

—¿Trataba de inyectarle un veneno, acaso un simple narcótico? ¿Por qué está dormida? ¿Qué es esa herida en su cara y esa sangre?

—Lo que le está haciendo falta es una lección —gruñó Strabo.

El ataque fue tan rápido como fulminante. Strabo trató de hundir la aguja en el cuerpo de Vin y lo consiguió, aunque el piloto astronauta logró ladearse y la aguja le penetró casi en tangente por el costado. Strabo quiso rematar la acción inyectándole lo que ya suponía un veneno, mezclado con la sangre de la propia Meta Earthy.

Experto en lucha, Vin Osmond reaccionó vivamente hundiendo el codo en el hígado de Strabo. Después, un talonazo en la ingle lo envió por encima de Meta al otro lado de la estancia. Al tropezar con el cuerpo caído de la chica, cayó él también.

Osmond aprovechó para arrancarse la jeringuilla con la aguja, y viendo de pronto la cara luciferina del gato «Mammon» en el umbral de la puerta, como dispuesto a presenciar en primera fila lo que allí ocurría, le arrojó la jeringuilla, con tan mala fortuna para el gato que la aguja se le clavó en una costilla.

«Mammon» maulló furiosamente y saltó, alejándose por el corredor con la jeringuilla clavada hasta el mismísimo hueso; por ello no perdió aquella especie de banderilla.

Strabo no era un hombre acostumbrado a ser derrotado, se sabía más fuerte de lo común. Era un ser algo extraño y con unas dotes físicas no del todo posibles en un hombre normal.

Vin se lo vio venir encima. Se dejó caer hacia atrás y lo recibió con las plantas de los pies, lanzándolo por encima de sí y estrellándolo de cabeza contra el armario. Una de sus puertas se partió.

Strabo, con la frente sangrante, cayó al suelo perdido el conocimiento.

Vin Osmond, perplejo, descubrió a Suky en aquellos momentos.

—¿Qué haces aquí?

—¿Yo? Bueno, estaba con Meta cuando ha entrado Strabo.

—¿Y qué hacías con Meta?

—Nada, hablábamos; pero como no quería que Strabo me descubriera aquí, me he escondido en el armario.

Suky ondulaba su cuerpo ligeramente para atraer la mirada del hombre y borrar de su entrecejo las sospechas que se le habían clavado como agudos dardos.

—Empiezo a entender lo de la jeringuilla.

—¿Qué jeringuilla?

—No te hagas la estúpida. Usar jeringuillas no es el sistema de Strabo —le dijo, tomándola por el brazo y sacudiéndola ligeramente, pero con energía, haciéndole comprender que era él quien dominaba la situación.

—Yo no he usado la jeringuilla. La había traído Strabo.

Vin abrió el bolsillo del amplio cinturón de Suky y sacó de él el pequeño frasco de fármaco. Rápidamente, leyó su etiqueta.

—Conque había sido Strabo, ¿eh? Eras tú quien quería matarla, porque con esto es suficiente para matarla.

—¡Suéltame!

Vin la soltó, pero le abofeteó el hermoso rostro de rasgos orientales, aunque los ojos claros hablaban también de sangre occidental.

—¿Te ha ordenado Uriah que la mataras?

Suky, que era muy ágil, saltó hacia la puerta y huyó gritando:

—¡Uriah te hará pagar caro todo esto!

Vin, viendo a Meta en el suelo, pensó que era mejor no seguir a Suky y preocuparse de la pelirroja.

—¡Meta, Meta, despierta!

Era muy posible que Uriah hubiera dado orden de asesinar a Meta como represalia a la humillación sufrida en el puente, y si no era cosa de Uriah, sí sólo era producto de la locura de Suky.

Meta estaba narcotizada, pero vivía, respiraba lentamente y su pecho, bello como toda ella, oscilaba arriba y abajo.

La tomó en sus brazos como si careciera de peso y salió por el corredor, perdiéndose dentro de la gigantesca nave.

Uriah mandaría a varios hombres de la vigilancia a buscarles. Suky ya le habría contado que Osmond había puesto fuera de combate a Strabo, y eso enfurecería más al enigmático personaje de ignorado sexo.

Bajó con el ascensor al hangar.

Pulsó el resorte que abría la escotilla de una de las naves y ésta le franqueó la entrada, dejando además tres funcionales peldaños al descubierto para que pudiese encaramarse por ellos a su interior.

Introdujo a Meta, la sujetó a una de las butacas y, con las luces de la cabina de pilotaje apagadas, puso el aparato en marcha.

Gracias a lo silencioso que era, logró acercarse al antehangar. Por mando a distancia, abrió las compuertas y se introdujo en la sala de despresurización.

Siempre por mando electrónico desde la cabina, abrió la gran escotilla por la que podían entrar y salir las naves pequeñas.

Dio un fuerte impulso a los motores, enviándoles el máximo de energía, y abandonó la «Tut-Ankh-Amón», saliendo de la órbita de Spyro y dirigiéndose a su atmósfera.

En el puente nadie advirtió la fuga de la pareja; estaban en situación de emergencia, pues Uriah había dado orden de capturar a Vin Osmond, pero vivo, mientras gruñía en voz baja para sí:

—Amenazas, ya te enseñaré yo, Osmond. Te aseguro que vas a escupir todo lo que le has hecho a la nave para ponerla en peligro y luego te quedarás con tu amada Meta, pero será en el espacio y para siempre, como el idiota de Moses.

Lyonel, que comandaba el puente en aquel momento, le alertó diciendo:

—¡Una nave se aleja de nosotros!

—¿Una nave? —preguntó Uriah, palideciendo. Luego, ordenó—: ¡Vamos, rápido, quiero ver en pantalla nuestro hangar!

Lyonel, silencioso y ceñudo, hizo que en pantalla apareciera la imagen del hangar de la «Tut-Ankh-Amón», y todos vieron la falta de una de las naves, precisamente la denominada «Ambassadress»[2].

—¡Malditos, han huido! —gritó Uriah, que al chillar se le atiplaba la voz.

—Hace muy poco —dijo ahora Lyonel.

—¡Hay que perseguirlos!.

—Imposible —advirtió Lyonel—. Ellos ya están entrando en la atmósfera de Spyro y la «Tut-Ankh-Amón» jamás podría entrar en esa atmósfera ni en la terrestre, que se le asemeja mucho. Se desintegraría en el acto; para eso tenemos las naves abajo. Pero la que ha desaparecido era muy rápida y de gran radio de acción.

—Pero quedan las naves cazas —gruñó Uriah en voz baja, buscando la solución a la problemática que acababa de plantearle el fugitivo Vin Osmond.

## CAPITULO X

Cuando Meta despertó en el asiento de la estilizada y rápida nave, se vio sujeta con los atalajes de seguridad. Delante de ella descubrió los brazos de un hombre oculto por la amplia butaca anatómica del piloto de la nave.

No podía ver quién la tripulaba en aquel momento ni hacia dónde se dirigían, y sintió miedo.

Tuvo intención de gritar, pero se contuvo, y entonces observó la sangre en su brazo y también el pinchazo. Temió que le hubieran inyectado algo nocivo.

De pronto, la cabeza de Vin asomó por el lado de la butaca para verla y los ojos verdes de Meta se iluminaron.

—¿Te encuentras bien, Meta?

—Algo mareada. ¿Dónde estamos, qué hacemos aquí dentro?

—Estamos huyendo de Uriah. Querían asesinarte.

—Fue Suky, ¿verdad?

—Sí, ella fue la que quería inyectarte un veneno.

—Tengo el pinchazo. ¿Consiguió inyectármelo?

—Por lo visto, no tuvo tiempo. Primero se presentó Strabo y luego yo. Ella se escondió en un armario.

—Pero, ¿cómo vamos a huir? La «Tut-Ankh-Amón» es la nave que nos ha traído aquí.

—Tengo un plan. Es muy arriesgado, pero creo que siempre es mejor que quedarnos junto a Uriah.

—¿Cuál es tu plan?

—Escapar en esta nave. Sólo tendríamos que ponernos en órbita como hicimos con la «Tut-Ankh-Amón» y después resistir hasta encontrar el planeta Tierra, que saldrá a nuestro encuentro.

—¿Y en esta pequeña nave es factible realizar ese viaje?

—Para este viaje no hacía falta una nave tan grande como la «Tut-Ankh-Amón». Hubiera bastado con una nave un poco superior a ésta, pero parece que Uriah no puede vivir si no está rodeado de lujo y, además, tiene un idea fija sobre Spyro. Ignoro cuál puede ser, pero me temo que ansia encontrar algo en Spyro que Moses le había contado.

—Moses no se lo dijo todo, yo estaba presente cuando murió.

—Quizá faltaran algunos datos para encontrar en el planeta lo que Uriah anda buscando. Si tú no opinas lo contrario, bajaremos a Spyro y buscaremos comida en abundancia para resistir el largo viaje que nos espera luego hasta la Tierra.

—¿Comida en Spyro? ¿Qué clase de comida?

—Todavía no lo sé, pero parece que es un planeta muy similar a la Tierra. Habrá animales porque desde el puente ya he detectado núcleos de vida inteligente. No lo he comunicado a Uriah, pero así es.

—¿Vida inteligente, extraterrestres?

—Sí, eso creo. En la nave no tardarán en averiguarlo también; Lyonel estaba ocupado en otras tareas.

—Pero, Vin, ¿no será muy arriesgado acercarnos a los desconocidos habitantes de Spyro?

—Esto es toda una aventura, pero piensa que podías estar muerta ya y así no te preocupará demasiado enfrentarte a una posible muerte. Nuestra única escapatoria está en llenar esta nave de comida que pueda alimentarnos para un mes y medio o dos meses, que es lo que puede durar el viaje.

—Es mucha comida y mucha agua.

—Del agua no debemos preocuparnos. Esta nave posee un reconversor de agua. Toda la que gastemos será recuperada de nuevo, potabilizada y preparada para ser empleada de nuevo. El problema está en la comida, pero sin ella no podremos escapar de Spyro. Sería la muerte segura en esta pequeña nave.

—Está bien, Vin, haz lo que creas conveniente, pero no quiero volver a ver jamás a Uriah. Lo odio, lo odio...

Bruscamente, comenzó a encajar el dolor en su abdomen. Vin, que escuchó sus gemidos, se volvió hacia ella, viéndola encogida sobre sí misma.

—¡Meta, Meta! ¿Qué te ocurre?

—¡La hebilla, la hebilla! ¡Uriah me está torturando a distancia en estos momentos!

—¡Maldita alimaña!

Vin conectó el piloto automático en la nave y se acercó a Meta, que se retorció de dolor.

De pronto, el cinturón comenzó a enviar ondas y Vin comprendió que Uriah trataba de hipnotizarle a él. Ladeó su cabeza y fue hacia el cinturón, tratando de arrancarlo del talle de la mujer.

No lo consiguió, mientras Meta se retorció, torturada por los rayos de aquella gruesa hebilla electrónica que se había constituido en el más sofisticado grillete que convertía a un ser humano en esclavo de otro.

En aquella nave había un compartimiento con armas de corto y largo alcance. Vin fue hacia él y se apoderó de una pequeña pistola láser.

Luego cogió un traje espacial y regresó junto a Meta, que se hallaba atenazada por el dolor, al borde de sucumbir.

Vin introdujo la mano dentro del guante del traje espacial; una vez enguantada, la metió por detrás del cinturón, pidiendo a la joven:

—Encoge el abdomen todo lo que puedas y gira la cabeza.

Meta, con duros trabajos, obedeció a Vin Osmond. Esteladeó también la cabeza por la proximidad del disparo láser, jaló el gatillo y seccionó el cinturón de acero-plástico, una materia imposible de cortar con un cuchillo.

Liberó a Meta del cinturón y lo arrojó al suelo, pero la hebilla seguía emitiendo las maléficas ondas.

Vin Osmond hizo un disparo sobre la hebilla, que en parte reflejó los rayos, pero terminó por fundirla. Salió un humillo primero y después hubo una pequeña explosión.

—Ya estás a salvo, Meta; ya no podrá matarte a distancia.

—Se equivoca, Vin Osmond, se equivoca —advirtió de pronto la voz del mismísimo Uriah, como si viajara con ellos a bordo de la pequeña nave.

Tanto Meta como Vin miraron hacia el panel de mandos.

Allí, en la pantalla de telecomunicación, aparecía la imagen de Uriah como si estuviera mirándoles fijamente.

—Nos matará —dijo Meta, como una sentencia.

—No duden que lo haré si no regresan de inmediato a la «Tut-Ankh-Amón» —respondió Uriah, que parecía oírles perfectamente y quizá hasta verles.

—Váyase al diablo, Uriah, yo no le necesito y en cambio usted a mí sí. Nadie va a acusarme porque su nave estalle en mitad del espacio, en el lado opuesto de la órbita solar de la Tierra.

Tras estas palabras de amenaza, quizá más de sentencia, dichas por Vin Osmond, Uriah acusó la ira en su rostro y antes de que la vomitara en forma de insultos, Vin Osmond cortó la comunicación.

—Nos perseguirá y nos matará. La «Tut-Ankh-Amón» está armada, ¿verdad? —preguntó Meta.

—Sí —asintió Vin—, pero no nos disparará con sus poderosos cañones.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Porque Uriah ama mucho la vida. Si no tuviera vida, no podría disfrutar de ninguno de los lujos de los cuales tanto parece gustar. El piensa que yo he incluido dentro de la computadora la orden de destrucción por un simple bloqueo, y esa orden él jamás podría encontrarla entre centenares de millares de datos allí almacenados.

—¿Y tú serás capaz de destruir en bloque a todos los que viajan dentro de la «Tut-Ankh-Amón»? —inquirió Meta Earthy, muy sorprendida.

Vin Osmond se sentó junto a ella mientras la nave seguía volando, ya a quince mil pies del suelo de aquel planeta desconocido.

—Ese es nuestro seguro de vida, Meta, nuestro seguro de supervivencia. Yo no he dado una orden semejante a la computadora, pero Uriah jamás podrá saberlo salvo que yo mismo se lo diga.

—Si van tras de nosotros, ¿cómo podremos escapar?

—Ya veremos. Tendremos que hacerlo sobre la marcha. Ellos

poseen varias naves pequeñas, y para nosotros será más fácil luchar contra ellas que contra la magnífica «Tut-Ankh-Amón». Por de pronto, tendremos que buscar un lugar para ocultarnos.

—La «Tut-Ankh-Amón» posee los más perfectos detectores, en especial de infrarrojos.

—Sí, ya he pensado en eso —suspiró el hombre—, pero hay que confiar en la suerte. Cerca de la metrópoli desconocida de Spyro, la mayor que hemos localizado, hay un pequeño mar.

—¿Un mar?

—Sí, este planeta es muy semejante a la Tierra, aunque existen las lógicas diferencias. Una de ellas es que su gravedad es superior. Si nos vemos obligados a hacer grandes esfuerzos, nos cansaremos antes, en especial si corremos; pero creo que tenemos los corazones en perfecto orden.

—Yo sí —dijo ella—, y más después de que tú has destruido la maldita hebilla que un día me dejé colocar ingenuamente. Mira —le tomó la mano y la puso sobre su corazón.

Vin notó el latido mientras acercaba sus labios a los femeninos para besarla por vez primera.

## CAPITULO XI

Aquella metrópoli de Spyro, la mayor del planeta según los baremos de la nave «Tut-Ankh-Amón», se alzaba a orillas de un mar algo menor que el Mediterráneo en el planeta Tierra y casi a los pies de una especie de cráter que podía ser la chimenea de un volcán apagado, pues no había signos de erupción. En aquel punto del extraño Spyro era de noche en aquellos momentos.

La estilizada nave «Ambadress», que no portaba en su exterior ningún símbolo identificativo, navegaba bajo las aguas del pequeño mar, enfriándose para que el detector de infrarrojos de la «Tut-Ankh-Amón» no pudiera captarla.

Se habían introducido en el mar tras amarizar en él y luego se habían sumergido. La nave, ahora submarina y a bastante profundidad para evitar ser descubierta, navegaba con el mando automático colocado en dirección a la metrópolis mientras Vin y Meta descansaban.

Viajaban con una pequeña luz morada, y la «Ambadress», a los asustados peces con los que se cruzaba, debía parecerles un enorme monstruo marino con ventanas como ojos, despidiendo aquella luz morada, difícilmente captable desde el exterior de las aguas.

Vin Osmond manipuló en la butaca anatómica y ésta se colocó con el respaldo casi vertical, ligeramente hacia atrás, después de haber permanecido horizontal para poder dormir en ella.

Cerca de él. Meta yacía sobre su butaca, colocada ahora como un diván.

Vin se levantó; tenía hambre. Tuvo que contentarse con beber agua potabilizada del depósito de la nave.

Ignoraba cómo sería recibido por los habitantes de Spyro. No sabía si serían belicosos o pacíficos, ni en qué estado de civilización se hallarían.

No quería hacerse la pregunta de si serían crueles por temor a aumentar la desazón de Meta, pero cualquier cosa podía ocurrir cuando desembarcaran a orillas de aquella desconocida metrópoli, capital de Spyro.

—Vin... —le llamó la suave voz femenina.

—¿Ya estás despierta? —preguntó, volviéndose hacia ella.

—He de confesar que he dormido poco. He tenido muchas pesadillas y todavía tengo secuelas de los calambres causados por el maldito cinturón.

—¿Quieres agua?

—Sí. Tengo hambre, pero ya que no hay que comer...

Vin Osmond le llevó agua y se sentó junto a ella. Mientras la joven bebía, le preguntó:

—¿Cómo te dejaste esclavizar por Uriah?

—Ya te conté cómo había llegado a la isla Atlántica. Uriah no es ningún imbécil y tenía conocimiento de la posible paranormalidad de algunos subnormales. Le interesó lo que decía Moses, pero sus palabras eran tan esporádicas que no acababa de dar todos los datos que Uriah necesitaba y comenzó a pedirme que provocara en Moses los estados de paranormalidad.

—¿Esas hipnosis como la que yo presencié?

—A ellas llegamos por inducción de un científico vendido a Uriah. Le dijo que poseía un artilugio electrónico que mediante ondas podía excitar el cerebro de Moses. Yo le advertí que podía ser peligroso, pero no me hicieron caso.

—¿Y el resultado inicial?

—Pobre, pero Moses comenzó a fijar su mirada en mí.

—Sigue. ¿Cómo entraste tú en esa extraña danza?

—Fue el profesor Murray quien, al percatarse de que Moses clavaba su mirada en mí, me pidió que me moviera. Yo, en principio, me sentí turbada, la situación no me gustaba, pero acabé moviéndome un poco, y al hacerlo, brotaron algunas palabras más de la boca de Moses. Me sentí mal y corté. Uriah se molestó, no dijo nada, pero yo lo advertí en su rostro. Pasaron unos días de tranquilidad, pero el profesor Murray y Uriah siguieron trabajando. Prepararon una nueva reunión y me pidieron que me dejara colocar el cinturón, que desde él emitirían unas ondas a la cabeza de Moses. Yo, ingenua de mí, pensé que la cosa no tendría mayor importancia y me colocaron el cinturón con la maldita hebilla que tú destruiste. Al parecer, Uriah, debajo de

su túnica, tenía el pequeño emisor con el que podía controlar desde la silla de ruedas de Moses las ondas hipnotizadoras de la hebilla y las otras ondas que producían fortísimos calambres en mis órganos interiores. Yo ignoraba todo esto y comenzó la sesión. Uriah me pidió que me moviera, que lo hiciera como una odalisca.

—¿Y tú qué respondiste?

—Me negué por completo, y ahí fue cuando recibí el primer flagelo electrónico. Me castigó con tanta dureza que creí morir. Tuve miedo y me sometí al experimento, transformándome, sin yo saberlo, en la médium para que Moses hablara. Por lo visto, a través de mi cuerpo cruzaba una corriente eléctrica que escapaba por las puntas de mis dedos, por el iris de mis ojos, por las puntas de mis cabellos. Toda esa corriente debía dirigirla hacia Moses, y así fui cediendo, pues no había forma de escapar de la isla. Uriah me tenía bien vigilada y sólo aceptó que pudiera bañarme y tomar el sol en el lago sin el cinturón para dar una falsa muestra de condescendencia, pero seguro de que ya no podría escapar. Me tenía incluso prohibido hablar de lo que yo hacía.

—¿Por ello no querías contármelo?

—Tú eras un desconocido para mí, podía ser simplemente una trampa que me tendía Uriah para comprobar si hablaría a la primera ocasión que se me presentara o no.

—Pues ya ves que no soy ninguna trampa, sino todo lo contrario.

—Sí, te has expuesto por mí. Tú no corrías ningún peligro.

—Yo, en principio, tampoco me sentía a gusto contratándome con Uriah. Es un ser extraño que despide algo maligno por todos sus poros, por sus ojos.

—Ese ser conseguirá siempre lo que quiera, y aquí, en Spyro, también.

—¿Qué diablo es lo que busca en Spyro?

—No lo sé, palabra. No me dieron ningún acceso a las traducciones de lo que Moses repetía una y otra vez, incluyendo algún que otro dato en sesiones distintas. Por supuesto, yo no sé griego antiguo y no tuve acceso a ningún diccionario de esta lengua. Uriah, por lo visto, ordenó quitarlos todos, por si alguien más que él, Strabo y el profesor Murray trataban de descifrar lo que Moses decía.

—¿Y el profesor Murray?

—Murió hace un mes, no se sabe de qué. No me extrañaría que lo hubiera eliminado Uriah. El profesor también era ambicioso.

—Murray debía tener conocimiento de lo que Uriah buscaba en Spyro, que no debe ser una simple aventura.

—Es posible —admitió Meta—. Y Uriah debió temer que Murray tratara de ir a Spyro por otros medios o quizá chantajearlo.

—Me gustaría saber qué es lo que busca aquí, qué es lo que dijo Moses. Quizá Strabo comparte el secreto.

—Puede ser. Uriah tiene una confianza total en Strabo.

Vin miró hacia delante, hacia los cristales, que se veían negros a causa de las aguas en que se hallaban inmersos.

—Strabo es un tipo muy especial, anormal diría.

—Sí, lo es. —Miró de reojo al hombre y añadió—: Me pidió que me casara con él.

—No lo sabía. Y, por lo que veo, tú te negaste.

—Sí, pero Strabo no es de los que aceptan las negativas. Me ha estado vigilando muy estrechamente, y creo que si no me ha acosado directamente es porque Uriah me necesitaba para tirar de la lengua a Moses.

—Es un tipo peligroso —admitió Osmond, sin jactarse de haberlo dejado fuera de combate en la pelea sostenida entre ambos.

—Strabo, según me contó el profesor Murray en uno de esos momentos tontos que todos los humanos tenemos, es el producto de una génesis semiartificial.

—¿Cómo?

—Strabo es el resultado de unos execrables experimentos que llevaba a cabo el maestro del propio profesor Murray, en los albores de la última guerra mundial. Por lo visto, experimentaban con las memorias genéticas. Todos los elementos eran naturales, incluso el óvulo que fue concebido artificialmente por el esperma que tenía unas variaciones en los veinticuatro pares de cromosomas. Creo que Strabo tiene veinticinco.

—Ahora comprendo su extraordinaria fuerza, su poder de

resistencia bajo el agua, superior a todo lo conocido, incluso los rasgos de su rostro.

—Sí, realmente es fuera de lo común. Es un ser humano mutado artificialmente por la alteración de sus cromosomas. Luego, el óvulo concebido por este sistema fue reinsertado en el útero de la mujer a quien se lo habían quitado y que era una víctima más. Lo cierto es que de todo aquel experimento salió Strabo.

—¿Entonces, fue un éxito?

—Oh, no, los fracasos se contaron por cientos; sólo conseguían monstruos en todas aquellas mutaciones cromosómicas. Por lo visto, el único resultado positivo fue Strabo, y Uriah, como le gusta rodearse de las cosas más extrañas, se hizo cargo de Strabo cuando niño y lo preparó para que le fuera fiel. Como ha dado resultados físicos y mentales óptimos, ha terminado por ser su jefe de seguridad, en el que confía plenamente.

—¿Cómo es?

—Es fuerte, muy inteligente y culto. Al parecer, por sus reacciones casi primarias, también muy viril, pero es inhumano. Es incapaz de compadecerse de nadie, carece de piedad. Para él, matar a un semejante es lo mismo que pisar a una hormiga, y tampoco sabe contemplar lo bello, lo que tiene encanto y poesía. Yo no puedo aceptar a un hombre que sólo desea satisfacer sus deseos más primitivos.

—Tienes razón. Aparejarse es mucho más que un simple acto sexual. Yo mismo lo he pensado en muchas ocasiones; por eso no me he casado.

—Y seguro que has conocido a muchas mujeres —dijo ella, dándole por sentado.

—No voy a mentirte. En fin, dejemos el tema. Ahora ya sé un poco más de nuestros peores enemigos.

—Quizá nuestros peores enemigos sean los habitantes de Spyro —objetó ella.

—No los conocemos todavía, pero a Uriah y a Strabo sí los conocemos, y debemos guardarnos de ellos, tanto tú como yo.

—Tienes razón, Vin. Sin embargo, no puedo ocultarte que tengo miedo de enfrentarme a los extraterrestres. No sé cómo son. Se han barajado tantas posibilidades sobre sus formas físicas.

—Confiemos. Si, como dicen los textos más antiguos de nuestra civilización terrestre, Dios nos hizo a imagen y semejanza suya, no habrá podido crear seres en otros planetas que sean monstruosos para nosotros y viceversa, puesto que si ellos nos parecen horribles, los terrícolas también lo seremos para ellos según las teorías de la relatividad, que fuera del terreno científico también pueden adaptarse a lo humanístico.

En aquel momento se encendieron unos pilotos rojos y una bocina comenzó a emitir una señal intermitente. Ambos se miraron y Vin dijo:

—El piloto automático nos advierte que hemos llegado al objetivo.

—¿Y el objetivo es los extraterrestres?

—Sí, su metrópoli. Hay que salir a ver. Si lo deseas, saldré yo solo y tú te quedas dentro de la nave.

—No, iré contigo. Si es el fin, que sea para los dos a la vez.

El se olvidó por unos segundos de la bocina, de su intermitencia y de los pilotos rojos, y se inclinó sobre Meta para besarla en los labios. Quizá era el último beso para los dos.

## CAPITULO XII

La nave «Ambassadress» flotaba sobre las aguas totalmente silenciosa, con los motores detenidos, fría para no emitir infrarrojos que fueran descubiertos por los detectores de la «Tut-Ankh-Amón».

Para Uriah era preciso capturar a Vin Osmond. Pesaba sobre la gran nave la sentencia de destrucción, y, suspendidos en el espacio, no se podía dar margen a la duda sobre si Vin Osmond había dicho la verdad o sólo les había lanzado un «farol» como si estuviera jugando a póquer con ellos.

A través de la telecámara, Vin Osmond observaba cuanto se ponía a su alcance de la metrópoli capital del planeta Spyro.

En la pantalla del monitor, la ciudad aparecía muy oscura. Spyro carecía de luna que le pudiera enviar luz nocturna. Habría que esperar al nacimiento de un nuevo día en aquel punto del planeta para que la ciudad se iluminara.

Las edificaciones parecían de granito y semejaban pequeños castillos del Medioevo europeo terrestre. No se veía a nadie y, sin embargo, había luces.

Vin observó perplejo:

—Qué extraño.

—¿A qué te refieres? —inquirió Meta.

—Comentamos que debía de ser una civilización muy adelantada y, sin embargo, se alumbran con fuego, parecen teas embreadas. Es una forma de iluminación antiquísima en el planeta Tierra.

—Quizá no estén tan avanzados como suponíamos.

—Si ellos han desplazado su propio planeta, pues resulta más que raro que lo hayan colocado justo en la órbita terrestre, que es la idónea para recibir el calor solar, han de estar muy adelantados.

—¿No podría ser que no estuviéramos frente a la civilización más adelantada de este planeta, sino frente a la más numerosa en habitantes, simplemente?

—Quizá. De todos modos, lo que buscamos es comida y ahí, aunque no se ve a nadie, debe de haberla.

—Entonces, decidámonos de una vez.

—Sí, tienes razón, no estamos aquí para observar más, sólo buscamos comida.

Condujo la nave con los motores a muy baja potencia hacia una playa al borde de la ciudad que parecía muerta.

Vin detuvo la nave entre las rocas que salpicaban la arena y la dejó allí, medio oculta, con la esperanza de que no fuera descubierta por Uriah.

—Falta poco para que sea de día.

—¿Cuál es tu plan, Vin?

—Acercarnos a una de esas casas y hacernos entender, pedir comida. En fin, lo que haría en la Tierra un viajero.

Todo había sido comprobado previamente. El aire de Spyro era incluso más rico en oxígeno que en el planeta Tierra. Allí no había polución degradante ni ningún gas nocivo en suspensión.

Vin proporcionó a la joven un cinturón especial al que iba adosada una pistola láser, un cuchillo de afilada hoja, un miniproducción de fuego, un emisor-receptor para mantenerse en contacto en todo momento y una linterna con pila atómica.

Osmond se colocó otro cinturón idéntico, pero, además, se hizo con un fusil láser de largo alcance. Luego, ambos se miraron y con los ojos se desearon suerte.

Instantes más tarde se abrió la escotilla de la nave y la escalerilla de tres peldaños se depositó sobre una roca bajo la cual batía el agua marina de Spyro.

Una vez hubieron abandonado la «Ambassadress», Vin comprobó que quedaba bien cerrada para que ningún intruso pudiera entrar en ella durante su ausencia. Después saltaron sobre la arena cuando comenzaba la alborada.

Llegó hasta ellos una sinfonía de gorjeos, de trinos, de silbidos de pájaros.

Sin embargo, constataron que la vegetación era escasa, rala. Los

árboles resultaban muy pequeños y, en cambio, cerca de ellos, había restos de árboles mayores, pero todos ellos muertos.

Toda la vegetación no grande, sino adulta, estaba muerta, y entre ella nacía una vegetación de escasa edad.

—Qué extraño —comentó Meta—. Es como si todo lo viejo hubiera muerto y hubiesen repoblado la vegetación de nuevo.

—Posiblemente haya sido así —dijo Vin—. Si han viajado por el espacio sin el calor de un sol, los mares se habrán helado y las plantas muerto en su gelidez.

—Pero ahora viven.

—Sí, porque, como tú has dicho, lo habrán repoblado todo, comenzando aquí una nueva vida.

Meta sentía miedo a ver aparecer cualquier forma de vida inteligente desconocida, pero no quiso repetírselo a Vin para no producirle más intranquilidad. Eran ya de por sí dos terrestres al borde de lo desconocido.

—Vin...

—¿Qué sucede?

—No estoy segura, pero creo que nos están vigilando.

—Yo no veo a nadie, aunque lo cierto es que no hay mucha luz todavía.

—Tengo la impresión de que alguien clava sus ojos en nosotros. Es una sensación rara, ya lo sé, pero me ha ocurrido en muchas ocasiones anteriores y siempre he estado acertada.

—Es lógico —dijo él, restándole gravedad a la situación—. Tu belleza te ha hecho centro de todas las miradas. Creo que si Uriah no hubiera sido un ser neutro sexualmente, habría tratado de que fueras suya también.

—¡No digas tonterías ahora! —recrimino sonriente.

Llegaron frente a uno de los edificios junto a cuya puerta ardía una antorcha sujeta por un doble aro de metal que a simple vista parecía de oro.

—Mira, Vin, la cerradura y los remaches brillan mucho.

—Sí, parece que los metales preciosos abundan aquí. ¿Sería esto lo que venía buscando Uriah?

—¿Un viaje tan largo y peligroso para buscar oro y plata? —se preguntó, dubitativa, Meta Earthy.

—Hay que decidirse —dijo Vin, enfrentándose a la puerta.

—¿Qué vas a hacer? —interrogó Meta, observando que el dintel de la puerta era extraordinariamente bajo, pues sus cabezas, en especial la de Vin, lo rebasaban.

Vin golpeó la puerta. Sonaron sus golpes y no hubo respuesta. La pétrea mansión continuaba silenciosa y lóbrega.

—Nadie responde, quizá ellos nos tengan miedo a nosotros —dijo Meta, para darse ánimos a sí misma.

—Podiera ser; para ellos también somos desconocidos. Ahora mismo podría reventar esta puerta con el fusil láser, pero no quiero dar muestras de agresividad que ponga a los habitantes de esta metrópoli en nuestra contra.

—Entonces, busquemos en otra casa, aunque más parecen castillos.

Se internaron en la ciudad por aquellas calles que separaban las pétreas y oscuras mansiones que tenían los útiles de metal en puro oro, plata y platino, metales que allí parecían abundar.

Llegaron a una plaza amplia y circular, rodeada por aquellas mansiones, aunque una de ellas parecía más alta, más impresionante que las demás.

Del centro de aquella especie de palacio principal emergía una torre de unos treinta metros de altura, cuando el techo del castillo sólo tendría alrededor de quince.

—¡Mira, Vin, estamos cercados! —exclamó de pronto Meta, acercándose más al hombre, como pidiéndole protección ante la visión que la espantaba.

—Sí, ya lo veo —gruñó Vin Osmond, montando el dedo sobre el gatillo del fusil láser.

Si había que morir, lo haría luchando.

## CAPITULO XIII

Los habitantes de la metrópoli de Spyro habían aparecido silenciosamente por las cinco bocacalles que confluían en aquella amplia plaza.

Vin y Meta los observaron escrutadores, aunque las miradas escrutadoras también podían verse en los grandes ojos de los habitantes de Spyro, unos ojos el doble de grandes que los de los terrícolas.

Vestían túnicas y ropas sencillas que oscilaban entre las que podían vestirse en Francia e Italia a principios del siglo x y las vestiduras que llevaban los griegos en su era clásica.

Vin aflojó la tensión de su índice sobre el gatillo del láser al observar que aquellos seres no iban armados, aunque era de suponer que habrían soldados, policías o algo parecido que sí irían armados.

Si bien su anatomía resultaba pareja a la terrícola, aquellos seres resultaban más bajos, entre metro treinta y metro cincuenta, frente a los casi dos metros de Vin Osmond y el metro ochenta de Meta Earthy.

Lo más extraño eran sus grandes cabezas. No eran rostros muy grandes, sino cráneos muy grandes, el doble o quizá más de lo normal en un terrícola. Como el peso de aquellas cabezas no parecía corresponder al del resto del cuerpo, se sostenían sobre unos cuellos muy cortos, casi inexistentes, y sus quijadas se aplastaban como buscando soporte en la encrucijada de las dos clavículas. Por lo demás, parecían estéticamente normales, comparados con cualquier terrícola.

—Vin, ¿qué hacemos?

—No lo sé. Es difícil que podamos entendernos. No sólo somos de razas distintas, sino de planetas distintos.

De pronto sonó un enorme ruido, fue como un gran gong, pues aquella señal podría escucharse a considerable distancia.

Vin y Meta se volvieron hacia aquel castillo o edificación principal. Su puerta, más alta que la del resto de edificaciones, se abrió.

Apareció una pequeña comitiva.

Allí sí había hombres armados, pero con armas primitivas que se asemejaban a las alabardas, tipos de espadas cortas, arcos y carcajes con flechas.

Meta Earthy se inquietó; pese a lo antiguo de aquellas armas frente a su moderno láser.

Bajo una especie de palio, salió un santón o algo similar. Vestía una túnica anaranjada y repleta de pequeñas esmeraldas.

Era un hombre extremadamente delgado, su rostro era la visión de una pura calavera y por ello destacaba aún más lo grande de su cráneo.

Tras él avanzaba un palanquín con las cortinas bajadas, ocultando a algo o a alguien que se hallara en su interior.

Aquella especie de guardia del sacerdote, rey o ministro, se abrió en dos filas, dejando a Meta y a Vin en el medio hasta que el hombre con aspecto de calavera, exento de cabello y con una barba blanca, se detuvo a unos cinco pasos de ellos.

Clavó la intensa mirada de sus ojos claros, casi blancos, en Vin Osmond primero y luego en Meta, quizá atraído por la brillante cabellera roja de la doctora, pues entre ellos no había nada que se le pudiera igualar.

Sin embargo, aquel ser no miraba el cabello, sino que rebuscaba en el interior de la mente femenina, y pareció hallar lo que deseaba.

Con una voz que parecía muy oscura, comenzó a hablar.

—Bien venidos a nuestra ciudad —dijo, haciendo una profunda inclinación. Se dobló hasta alcanzar la horizontal con su espalda.

Vin y Meta observaron que la profunda inclinación fue compartida por cuantos les rodeaban. Aquel ser parecía el guía de los demás, puesto que fue imitado y todos aguardaron su decisión.

Meta se tranquilizó un tanto y Vin, tras corresponder con un saludo semejante, aunque no supo inclinarse como lo había hecho su supuesto anfitrión, preguntó:

—¿Habláis nuestro idioma?

—No, pero algunos de nosotros, bastantes, tenemos capacidad

mental para sacar las palabras de vuestros propios cerebros: Es decir, averiguo lo que pensáis y extraigo las palabras de vuestro idioma para responderos —aclaró aquel anciano reseco, apergaminado. Se parecía a una figura oriental terrícola del siglo xx en tiempos de hambre.

—Entonces, vuestro poder mental es muy grande.

—Nosotros creíamos que era normal —dijo el viejo guía—, pero al compararnos con vosotros hemos descubierto que sí somos poderosos.

Meta habló a continuación.

—Sólo queremos comida para almacenarla en nuestra nave y emprender el regreso a nuestro planeta, que, por lo que veo, ustedes ya conocen.

—Es cierto —admitió el anciano, siempre bajo aquel palio de tela fina en la que predominaban los colores naranja y las esmeraldas, lo mismo que en su túnica—. Sabemos que el planeta Tierra es el tercero que gira en derredor de la estrella que nos alumbra y es el único habitado por seres inteligentes.

Aquel hombre hablaba con voz oscura, pero se le entendía perfectamente.

Vin Osmond empezaba a comprender que frente a aquel hombre, las mentes terrícolas estaban subdesarrolladas.

—¿Y teniendo conocimiento de ello habéis buscado la misma órbita terrestre alrededor del Sol?

—Sí. Es la idónea para la vida inteligente. En nuestro digamos Sol, más pequeño y menos poderoso que el vuestro, hubo un cataclismo cósmico y nos vimos en la disyuntiva de morir o seguir viviendo. Para ello había que buscar otro sol; por eso vinimos hasta aquí, y nada más lejos de nuestras mentes que perturbar la vida de nuestros hermanos de galaxia, vosotros los terrícolas.

Vin Osmond miró las primitivas armas que empleaban y parpadeó desconcertado. Jamás había visto paradoja tan grande. Por ello, preguntó a su anfitrión:

—¿Cómo habéis movido a voluntad vuestro planeta si sólo poseéis armas digamos rudimentarias? Nuestra civilización técnica está muy avanzada y, sin embargo, eso es imposible para nosotros.

—Tenemos conocimiento de ello —admitió el guía de Spyro—.

Nosotros no hemos desarrollado la civilización de la máquina, sino la de la mente; por ello podemos entendernos ahora. Conozco muchas cosas de la Tierra, un planeta belicoso que no ha desarrollado todavía su mente. Como sólo queremos paz y no la guerra, nos colocamos en el punto opuesto de la órbita solar, escondiéndonos a vuestros ojos al otro lado del Sol, que os cegaría si tratarais de mirarlo para buscarnos. No entendemos cómo nos habéis encontrado.

Meta aclaró:

—En nuestro planeta se dan casos de seres que nosotros denominamos paranormales, es decir, que poseen facultades extrañas. Uno de ellos, en una lengua antigua de la propia Tierra, dio datos sobre Spyro, pues es así como hemos denominado a vuestro planeta. El fue quien os detectó con su mente y por ello estamos aquí.

El viejo guía sonrió y su sonrisa, aunque pacífica, resultaba estremecedora. Era como ver sonreír a una calavera que aún conservaba la piel apergaminada, amarillenta.

—Ahora lo comprendo. Nosotros también tenemos lo que habéis dado en llamar un paranormal.

El viejo se acercó al palanquín y descorrió las cortinas, mostrando lo que había en su interior.

Meta y Vin, sin moverse de donde se hallaban, descubrieron asombrados a un ser de rostro idiotizado, con una cabeza más grande aún que las de los demás habitantes de Spyro.

Aquel ser, de inmediato, les hizo recordar a Moses, pues entre ambos había un extraño parecido, incluso en la obesidad, que contrastaba violentamente con la delgadez casi sarmentosa del viejo que les hablaba.

—¿Quién es? —preguntó Vin.

—Habla cosas extrañas. Se transporta a mundos desconocidos y entabla diálogos con los espíritus muertos y los seres del más allá.

Meta, como habiendo hallado la solución, exclamó excitada:

—Entonces, lo que ocurrió es que se estableció un diálogo mental a través del espacio entre nuestro Moses y ese ser.

—Así parece —admitió el guía que les hablaba en medio del profundo y respetuoso silencio del resto de los habitantes de la metrópoli.

—Ya comprendo por qué Moses sabía cosas y aquí también las conocían. ¿Les habló él de la Tierra y de sus habitantes? —preguntó Vin.

—Sí —asintió el guía—. El nos dio datos de la Tierra. Aquí siempre tenemos a hombres como él que nos comunican con aquello que nuestras mentes no alcanzan. Ellos no razonan ni piensan como los demás. Su gran poder mental recibe un castigo en su cuerpo y en su razón. Deben de ser cuidados, pues no se valen por sí mismos, pero como sirven a la comunidad, reciben justo trato.

Vin comprendió que a aquellas gentes no les hacía falta poseer potentísimos radiotelescopios para otear el espacio exterior. Les bastaba con aquellos seres paranormales, extraordinarios, que todo lo captaban.

Sin embargo, seguía sin comprender cómo habían trasladado su planeta a través del espacio. Por ello, insistió:

—¿Cómo han podido mover su planeta, qué clase de energía han utilizado?

El viejo sonrió y dijo:

—Sé que vosotros dos decís la verdad, que no queréis nuestro mal, pero no estará de más mostraros nuestro poder. Acompañadnos.

El viejo cerró la boca y echó a andar. Toda la comitiva le siguió y Vin y Meta hicieron lo propio sin separarse el uno del otro. Ignoraban hacia dónde serían conducidos y con qué iban a encontrarse.

## CAPITULO XIV

Seguían caminando, aunque ya habían dejado la ciudad atrás. En ella se había quedado lo que podía llamarse el pueblo llano y el palanquín, con aquel idiota paranormal que tanto les recordaba a Moses.

Vin se congratuló de que Meta ya no llevara aquella hebilla estimulante del cerebro, pues no se sabía lo que hubiera podido pasar.

Iniciaron el ascenso por la pendiente de lo que parecía un volcán que dominaba la ciudad. Allí no crecía vegetación alguna y caminaban por estrechas sendas, sobre tierra negra al principio y gris más tarde. Luego, ya en la cumbre, el suelo era de un finísimo polvo amarillento que brillaba como si fuera diamante.

Meta comenzó a jadear. La cuesta era tan larga como empinada y el corazón de la joven acusaba el esfuerzo. El propio Vin también lo notaba, ya que el guía que les precedía, que no era otro que aquel ser casi cadavérico y al parecer muy anciano comparativamente con los demás, caminaba seguro y rápido, sin acusar cansancio.

Vin comprendió que los corazones de aquellos seres estaban habituados a la gravedad de su planeta, más intensa que la de la Tierra, mientras que ellos acusaban la diferencia.

Vin dio un brazo a Meta, ayudándola a seguir adelante, pues aquellos seres no detuvieron su marcha hasta llegar a la cumbre de lo que parecía su montaña sagrada. Nadie había abierto la boca excepto Meta Earthy para respirar, pues la muchacha no tenía suficiente con la nariz para tomar todo el aire que sus pulmones le exigían para alimentar al corazón.

Al fin se detuvieron todos en lo alto, y pudieron admirar el mar, de un azul medio iluminado por un sol todavía de rayos oblicuos.

Al borde del mar se veía la ciudad rodeada por los bosques incipientes, y a derecha e izquierda se apreciaban huertas que debían proporcionar la comida vegetal con la que se sustentaban aquellos seres.

—¿Qué sucede aquí arriba? —preguntó Meta.

El viejo guía les hizo mirar hacia el interior de lo que se suponía

la chimenea de un volcán extinto. Un sendero en espiral, aprovechando desniveles, descendía hacia el fondo del mismo.

A Vin no le gustó lo que vio, pero trató de dar naturalidad a su voz.

—¿Son esqueletos lo que hay abajo?

—Sí —admitió el anciano.

—¿Esto es un cementerio?

—No del todo.

—Entonces, ¿por qué están esos restos ahí abajo? —inquirió Meta.

—Sólo es cementerio para los que han muerto en lo que ustedes llamarían estado de gracia y en autoinmolación por nuestro pueblo.

—Entiendo. Eso es un cementerio para digamos seres preferentes.

—Que murieron mientras lo daban todo de sí en bien de los demás.

—¿Nos ha hecho subir para explicarnos ese detalle? —preguntó Vin, que veía cómo los senos de Meta se agitaban todavía, acusando el esfuerzo de la subida.

—No del todo. Aquí arriba debía mostrarles nuestro poder mental. Es para que lo comuniquen a sus hermanos que vuelan alrededor de nuestro planeta, furiosos y al acecho.

Meta miró sorprendida primero al guía y luego a Vin. Hubiera deseado preguntarle cómo habían averiguado aquello también, puesto que seguramente no habían visto la «Tut-Ankh-Amón».

—Nosotros no queremos hacerles ningún mal —puntualizó Vin Osmond.

El viejo respondió con profundidad y algo más seco que antes:

—Apropiarse de lo que es sagrado para los demás es hacer daño.

Meta se volvió hacia Vin y preguntó:

—¿Tratará Uriah de apoderarse de algo que tienen estos seres?

—No lo sé. Uriah jamás nos ha dicho lo que buscaba en Spyro,

quizá sea lo que se comunicaron entre sí los paranormales. Uriah consiguió traducir las palabras de Moses y quizá lo único que le faltaba era averiguar el lugar donde se ubica lo que quiere encontrar.

—Lo que vuestro hermano busca lo veréis después —aclaró el viejo guía, que, indudablemente, leía en sus mentes.

En una lengua extraña, totalmente incomprensible para Meta y Vin, el santón dijo algo a uno de los soldados y éste asintió con la cabeza.

Tomó un poco de aquella tierra brillante y se la llevó a la boca, depositándola sobre su lengua. Comenzó a ensalivarla ante los ojos de Vin y Meta, que lo observaban con atención. Después, el soldado se despojó de sus armas e inició el descenso por aquel camino en espiral.

—¿Qué hace? —preguntó Meta.

—Ya lo verán —respondió lacónico aquel ser.

—No lo habrá enviado a la muerte, ¿verdad?

A medida que el soldado descendía al fondo del cráter, el sol iba avanzando.

Entonces, sus ojos se vieron obligados a fijarse en la ciudad. Justo en la gran torre pétrea que emergía por encima de las demás edificaciones comenzó a brillar algo muy intensamente.

—¿Qué es ello? —preguntó Vin.

—La tumba de nuestro gran profeta, rodeado por los profetas menores. Es nuestro lugar sagrado.

—¿Y por qué brilla tanto? —preguntó Meta.

—Nuestro planeta, a diferencia del vuestro, tiene más metales y piedras preciosas. Al parecer, hace millones de años, nuestro planeta sufrió grandes cataclismos que lo mutaron morfológicamente. En cambio, en la Tierra hay mucha más vida y vegetación que aquí, pues la nuestra está muerta en su mayor parte y en período de renovación con lo que pudimos salvar en nuestra emigración sideral a través de los espacios fríos y vacíos. Tuvimos que recluirnos en las entrañas del subsuelo, buscando el calor del núcleo de nuestro planeta, escondiendo allí plantas y animales para salvarlos del frío intenso que proporciona la oscuridad del espacio.

—Entiendo —dijo Vin—. Todo lo que quedó en la corteza del

planeta se heló y murió.

—Así es. Incluso hubo terremotos y maremotos y estuvimos a punto de sucumbir nosotros también, pero nos salvamos del largo periplo. Nuestras casas de granito quedaron en pie y aquí, con este sol, al amparo del cual nos cobijamos, iniciamos un nuevo ciclo de vida. Hay que repoblar mucho, hay que esperar a que los animales que conseguimos salvar se reproduzcan y que el suelo vuelva a fructificar. Esa fue la idea que hace ya muchos ciclos lanzó nuestro gran profeta y que nosotros obedecemos, logrando al final, tal como él había previsto, salvar a nuestro pueblo.

—¿Quiere decir que su gran profeta supo lo que iba a suceder mucho antes de que ocurriera? —preguntó Meta, siempre interesada por los fenómenos extraños.

—Sí, más de un milenio antes, es decir, más tiempo que mil veces un ciclo alrededor de su sol. Por ello, nuestro pueblo comenzó a trabajar horadando las entrañas del suelo hasta crear grutas muy profundas y cálidas en las que nos refugiamos. En ellas se comenzó a guardar todo lo que se pudo para evitar que se congelara y muriera en el largo viaje en busca de un sol.

—Es fantástico —exclamó Vin, observando que el brillo de la torre aumentaba a medida que el sol le daba de lleno.

—El gran profeta ya lo dijo: «Cuando la luz del taremtov os ciegue, habréis hallado el lugar ideal para que nuestro pueblo viva y se reproduzca en paz».

—¿Y ese brillo es el taremtov que usted dice? —preguntó Meta.

—Así es. Es el mayor de los taremtovs que hemos hallado, precisamente en una de las grutas que excavamos. —De pronto, se volvió hacia el cráter y dijo—: Miren, por favor.

Se volvieron y, con gran asombro, vieron cómo el soldado que antes bajara hacia el interior de la fosa del volcán comenzaba a subir en vertical por el centro de la chimenea.

Ascendía a una velocidad de unos seis pies por segundo, en un estado de levitación perfecto, ante el asombro de Meta y de Vin.

—¿Es su poder mental el que le hace conseguir esa levitación tan poderosa?

—Así es —asintió el viejo—. Este polvillo amarillo penetra rápidamente en la sangre y alimenta nuestros cerebros, haciendo que

su poder se multiplique. Se conseguirían levitaciones y otros actos sin él, pero tomando ese alimento, el poder aumenta.

El soldado se fue alzando hacia las nubes en su estado de levitación y terminó desapareciendo a sus miradas. Obediente, había aceptado la muerte que le habían pedido.

—Cuando estamos abajo, entramos en meditación profunda en solitario o en conjunto sobre lo que deseamos obtener y la energía de nuestras mentes se desarrolla.

—¿Quiere decir que el poder alcanzado ahí dentro ha podido mover todo el planeta? —preguntó Vin sin salir de su asombro.

—Ustedes han visto elevarse a un hermano de mi especie, sin artificios ni técnicas.

—Es cierto —admitió Meta—. Nosotros no podemos conseguirlo salvo en muy raras excepciones. Escasos místicos han alcanzado levitaciones, pero de apenas dos o tres pies de altura.

—Pues, podemos hacerlo a la inversa, es decir, empujar hacia el núcleo del planeta y de este modo moverlo hacia donde queramos. Por supuesto, para mover nuestro planeta hemos de ser miles a la vez, empleando nuestros cerebros hasta la mismísima muerte por aplastamiento y agotamiento total. La gran energía que se libera de nuestras mentes mueve el planeta. ¿Comprenden ahora el poder de nuestra civilización?

En aquel momento, Meta se volvió. Pareció descubrir algo en el cielo, viniendo por el mar y llamó la atención de Vin.

—¡Mira, son naves! ¡Debe de ser Uriah y sus secuaces!

## CAPITULO XV

Las naves emergidas del hangar de la poderosa «Tut-Ankh-Amón» se abalanzaron sobre la metrópoli de, Spyro.

Una nave carguera se había situado sobre el techo del palacete de granito del que nacía la torre cuya cúpula guardaba la tumba del gran profeta y los profetas menores.

Otra nave estaba en la gran plaza y las dos naves de caza destruían viviendas con sus cañones láser.

—¿Comprenden ahora por qué no queríamos estar cerca del planeta Tierra, por qué deseábamos quedar eternamente ocultos a su vista y vivir en paz? —le preguntó el viejo a Vin

—Lo lamento, no todos los terrícolas somos como éstos. Yo haré lo que pueda, no le garantizo nada, pero lo haré.

Tras aquellas palabras, echó a correr pendiente abajo con el láser por delante.

Meta fue tras él.

Los habitantes de la metrópoli salían huyendo de sus viviendas ya destruidas o en llamas. Aquellos pigmeos de grandes cabezas corrían hacia el volcán, aunque otros huían en las más distintas direcciones para escapar del rayo letal que segaba sus vidas por docenas al principio y por cientos más tarde.

Uriah había impuesto su imperio de terror para poder llevar a cabo su gran robo sideral.

Vin y Meta vieron venir hacia ellos aquella muchedumbre que escapaba de la muerte. Uno de los cazas les seguía a escasa velocidad para barrerlos con el rayo de la muerte.

Vin apuntó con el láser y jaló el gatillo del fusil.

La nave, alcanzada en su punto vital, se desintegró en el aire en medio de una gran bola ígnea que cegó a cuantos quisieron mirarla.

Vin había exterminado a terrícolas en bien de seres de Spyro y no se arrepentía de ello. Uriah y sus secuaces jamás podrían ser dignos

representantes de la Tierra en el espacio.

Por entre las calles llegaron a la gran plaza, evitando que les aplastaran las torres que se desmoronaban a causa del ataque bélico desencadenado por Uriah.

Cerca de una de las naves cargueras se hallaba el palanquín del idiota, totalmente carbonizado con sus restos humanos dentro.

Vin Osmond no lo pensó dos veces y jaló el gatillo por segunda vez, destruyendo el carguero mientras daba un rodeo por la plaza para no ser descubierto. Iba a penetrar en el palacete de granito por su puerta principal.

Meta le seguía pegada a sus talones y con la pistola láser en la mano cuando vio bajar en picado a uno de los cazas que les había descubierto.

La propia Meta jaló el gatillo de su láser y alcanzó a la nave que cayó sobre uno de los edificios, explotando con gran estruendo y terror para aquellos seres.

—¿Adonde vamos? —preguntó Meta.

—Creo que lo que busca Uriah está arriba, en la torre. Quédate aquí abajo.

—¡No, subiré contigo!

Se adentraron en el templo de los habitantes de Spyro. No les costó mucho hallar una escalera que les condujo primero a una azotea.

Vin se introdujo en la torre, subiendo por una estrecha escalera de caracol seguido de cerca por Meta. Arriba se oían voces conocidas.

Cuando Vin asomó su cabeza en lo alto, descubrió a Uriah y a dos de sus secuaces frente a un espectáculo insólito.

Allí estaba la tumba del gran profeta. Era un féretro de oro macizo, de gran espesor, con esmeraldas como puños engarzadas en él, unas esmeraldas como jamás se habían visto en el planeta Tierra.

Sin embargo, lo que realmente llamaba la atención y cegaba, era lo que los habitantes de Spyro habían dado en llamar el gran taremtov.

El gran taremtov era un brillante perfectamente tallado que constituía la tapa del sepulcro del gran profeta. Aquel brillante tendría

un diámetro de más de un metro y un peso de varios cientos de kilos. Su tallado era casi en círculo, con más de cincuenta y seis caras.

La gigantesca gema refulgía cegadoramente y Vin comprendió por qué Uriah había puesto el nombre de «Tut-Ankh-Amón» a la nave.

Estaba descubriendo un ignorado y valiosísimo sepulcro y habían venido a robarlo para llevárselo a la Tierra.

Los cuatro sepulcros menores que rodeaban al grande también constituían en sí mismos piezas deslumbrantes y de incalculable valor.

Todas ellas tenían un brillante por cubierta, aunque de menor tamaño que el del gran profeta. Allí, los ojos quedaban heridos por los reflejos solares que se reverberaban, multiplicándose en los enormes brillantes.

—¡Quieto, Uriah! —gritó Vin saltando a la cúspide de la torre.

Uno de los guardias de Uriah se revolvió y disparó, pero Vin había saltado hacia su derecha. El chorro del láser tocó el brillante que cubría al gran profeta y el rayo letal fue desviado por los prismas que lo enviaron a través de otras caras contra Uriah.

Este lanzó un grito al ser alcanzado por el rayo de enorme potencia, pero más ampliado. Su cuerpo se incendió, convirtiéndose en una antorcha viva dentro de aquel panteón.

Vin disparó contra otro de los vigilantes mientras iba a ser atacado por la espalda por el segundo de los guardianes. Pero a éste, Meta le alcanzó de lleno, eliminándolo.

De pronto, Vin recibió una fortísima patada en la muñeca que le desarmó. Al girar el rostro descubrió a Strabo que se lanzaba contra él.

Vin comprendió que en aquella ocasión la pelea sería a muerte y se dispuso a defender su vida.

Meta, con la pistola láser en la mano, vaciló. No podía disparar, pues corría el riesgo de matar a Vin. Por otra parte, existía el peligro de que el láser fuera rebotado por uno de los enormes brillantes y el reflejo alcanzara a Vin o a ella misma.

La lucha era feroz en medio de los cegadores brillos, pues el Sol cada vez estaba más vertical sobre las enormes gemas.

Vin y Strabo luchaban a ciegas, estrellándose mutuamente

contra los sepulcros.

En una de las ocasiones en que Strabo se lanzó sobre Vin, éste se apartó y la cabeza de Strabo se estrelló contra una de las aristas del gran tarentov. El cráneo de Strabo se abrió, incapaz de resistir lo que ni la dureza del cristal podía rechazar: el filo de un brillante.

Strabo se desplomó. Vin, jadeante, herido en parte, miró a Meta y ésta corrió para abrazarle.

—¡Vin, Vin, qué miedo he pasado!

—Esto ya está listo. Ellos ya no causarán más daño a los habitantes de Spyro.

Entonces, ambos se fijaron en Uriah, que yacía medio carbonizado.

Con gran sorpresa descubrieron que gran parte del cuerpo de Uriah eran mecanismos electrónicos, ahora chamuscados o derretidos.

—¡Qué horror, Vin! Ahora comprendo que no sintiera como nosotros, que no estuviera definido como sexo y otras causas de su inhumanidad.

—Supongo que en otro tiempo pudo ser normal, pero su cuerpo fue sufriendo, justificada o injustificadamente, trasplantes artificiales hasta que terminó siendo casi todo él artificial. Su mente no podía ser la de antes.

—Es cierto —aceptó la doctora en psiquiatría, psicología y parapsicología—. No todas las reacciones humanas están determinadas por la propia mente, sino que la mente funciona en ocasiones impulsada por las reacciones del resto del cuerpo.

En aquel instante, la «Tut-Ankh-Amón» había perdido totalmente el control sobre sí misma.

Una fuerza poderosísima y desconocida la atraía como gigantesca gravedad hacia el planeta Spyro hasta que, al hacerla entrar en la atmósfera, se desintegró totalmente mientras en el cráter del volcán seguían orando los habitantes de Spyro para conjurar el mal de los invasores.

Su energía cerebral, multiplicada por aquel polvo amarillo y brillante, había sido lo que había apresado a la «Tut-Ankh-Amón» hasta llevarla a su destrucción.

## EPILOGO

La pequeña nave «Ambadress» había sido llenada con alimentos escogidos por Meta y Vin, alimentos ofrecidos en prueba de agradecimiento y amistad por los seres de Spyro que habían comprendido la lucha de Vin y Meta por impedir que Uriah expoliara los sepulcros de sus profetas, simplemente por afán de lucro.

—Nuestra boca quedará sellada para el futuro —dijo Vin Osmond al guía o jefe de la atacada metrópoli.

—Sé que podemos confiar en vosotros. Más fácil nos sería exterminaros, asegurando así vuestro silencio, pero no somos belicistas, sólo queremos la paz. Orbitando el Sol, recibimos la vida de él y nada os quitamos a vosotros, los habitantes de la Tierra.

—Es cierto —admitió Meta— y les agradecemos que nos hayan proporcionado alimentos para nuestro regreso.

—Sí, les estamos agradecidos —corroboró Vin—. En cuando a la «Tut-Ankh-Amón», diremos a nuestro Gobierno que sufrió una avería en el aire y se destruyó. No mencionaremos para nada a Spyro ni a vuestros sepulcros con los gigantescos taremtovs que los cubren, despidiendo miríadas de reflejos.

—Tomad, un taremtov como recuerdo a cada uno para que no os olvidéis de nosotros, pero no digáis quién os lo dio.

Colocaron unas cadenas de fino oro alrededor de sus respectivos cuellos. De cada una colgaba un brillante casi del tamaño de un puño, réplica exacta del gran taremtov, pero, como era lógico, infinitamente más pequeño.

Poco después, la «Ambadress» se ponía en marcha.

Se deslizó sobre las aguas y alzó el vuelo, alejándose de la superficie de Spyro con un objetivo: la Tierra.

F I N

[1] Dios de la riqueza, según la mitología siria.

